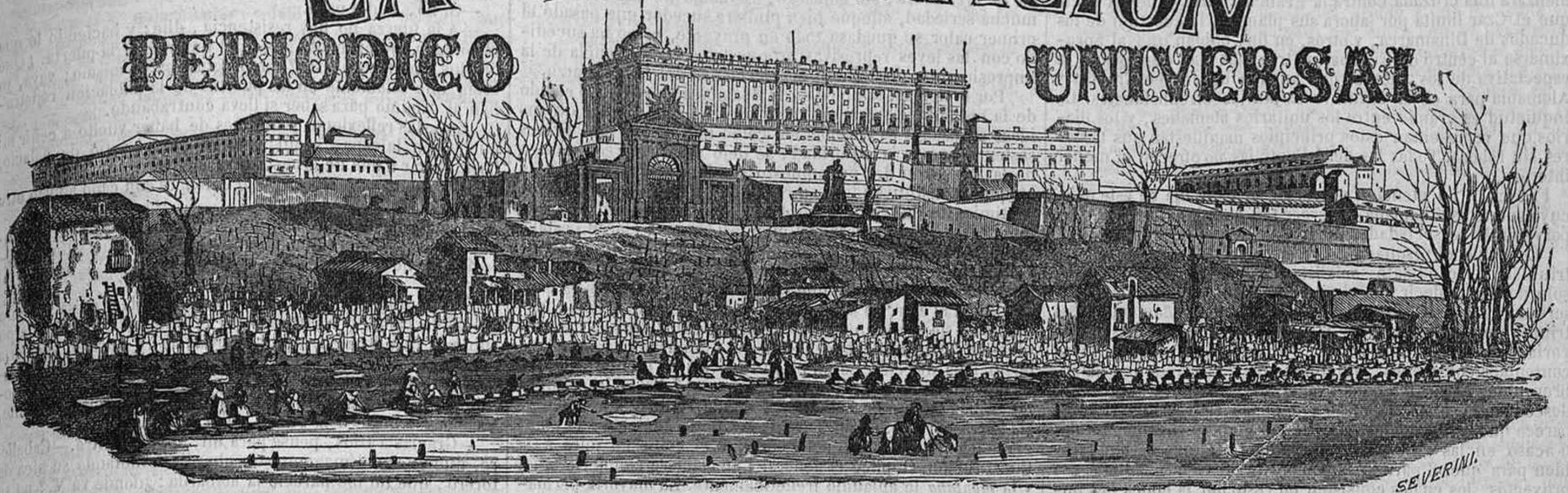


LA ILUSTRACION PERIODICO UNIVERSAL



MADRID: MES 6 RS.—TRES 26.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 19.—SABADO 11 DE MAYO DE 1850.
BARCELONA.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60
Ultramar y Extranjero: Año 80.

HISTORIA DE LA SEMANA.



LÉUCENSE las novedades mas notables ocurridas en las regiones de la política, desde nuestro último número, á la publicación de un real decreto nombrando á don Francisco Javier Isturiz enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de S. M. Católica cerca

de la reina de la Gran Bretaña é Irlanda. Este paso parece el anuncio oficial del restablecimiento de nuestras relaciones diplomáticas con el gobierno inglés, interrumpidas durante dos años por causas que toda la Europa conoce. Dícese que dentro de poco se publicarán las comunicaciones que han mediado entre ambos gabinetes.

A este decreto hay que añadir la continuacion de los documentos mandados pasar á la junta directiva de la deuda del Estado, la creacion de promotores fiscales para los Tribunales de Comercio y la supresion de algunos de estos, el nombramiento y bases á que debe atenderse la junta encargada de promover la concurrencia de nuestros industriales á la exposicion universal de Londres que se verificará en 1851, la consideracion que se da á los ministros del Tribunal Mayor de Cuentas, en la clase de antiguos consejeros de Hacienda, y el restablecimiento de la casa de moneda de Barcelona: disposiciones todas que han aparecido en la parte oficial de la *Gaceta*.

INGLATERRA. A las diez de la mañana se anunció en Londres el alumbramiento de la reina en los términos siguientes:

«Palacio de Buckingham, miércoles 1.º de mayo á las diez de la mañana.—Esta mañana á las 8 y 17 minutos S. M. la reina ha dado á luz con toda felicidad un príncipe. S. M. y el príncipe recién nacido siguen sin novedad.

Es el sexto hijo de la reina Victoria; y como todos viven, tiene actualmente tres varones y tres hembras.

GRECIA. Segun los periódicos de Londres, la cuestion anglo-helénica se encuentra en tan mal ó peor estado que nunca; la intervencion del plenipotenciario francés, no solo no ha producido todavia ningun fruto, sino que no hay esperanzas de que le produzca. La situacion en que de resultados de todo esto se encontraba aquel pais era bastante violenta, y se temia que pudieran ocurrir sucesos desagradables.

ITALIA. De resultados de la última ley promulgada en el Piemonte sobre las reformas eclesiásticas, y de la salida del Nuncio de Su Santidad, las relaciones entre el clero y el gobierno han tomado un carácter tan tirante, que se temen serios conflictos. El arzobispo de Berlin ha dirigido una circular al clero de su diócesis, en que ateniéndose á los concordatos, les dicta la conducta que han de observar en el caso de que la autoridad civil trate de intervenir en los asuntos cuyo conocimiento estaba antes reservado á la jurisdiccion eclesiástica. En una palabra, les prescribe la resistencia, y en caso de que se les obligue por la fuerza, les ordena que protesten solemnemente. El gobierno se ha alarmado con la circular del arzobispo, y por de pronto ha recogido todos los periódicos que la publicaban.

Con motivo de la circular, la autoridad civil dispuso la formacion de una sumaria, y requirió al prelado para que se presentase á responder á los cargos que contra él resultaban, amenazándole con que en caso de resistencia se emplearian los medios coercitivos prescritos en las leyes. No creyendo conveniente el arzobispo someterse á la jurisdiccion civil, y conociendo que toda resistencia seria inútil, ha tomado el partido de abandonar su diócesis, y aun de emigrar á pais extranjero. Un periódico de Turin anuncia que el 25 á media noche abandonó su palacio. Posteriormente se ha puesto en duda esta salida.

ALEMANIA El parlamento de Erfurt se proroga; el Austria estrecha á la Prusia; la Prusia, no sabiendo qué partido tomar, procura ganar tiempo, esperando que la casualidad le proporcione una salida por estrecha que sea, y como en perspectiva de todo aparece el ejército ruso acantonado en Polonia, y aumentando cada dia sus fuerzas con las nuevas tropas que llegan del interior. El príncipe de Paskewitsch se encuentra ya en Varsovia de regreso de su viaje á San Petersburgo.

Ha ocurrido un incidente en la cámara de diputados de Baviera. Se trataba de una proposicion para que se levantase el estado de sitio en que se encuentra el Palatinado, y el gabinete se opuso terminantemente, declarando que estaba persuadido que estallaria pronto una nueva lucha en Europa.

El gobierno sabe, dijo uno de los ministros, que el partido revolucionario francés proyecta hacer un movimiento en Strasburgo. Lo que se prepara en Suiza es todavia mas amenazador. No dudamos que los gefes de este nuevo movimiento revolucionario se hallan en comunicacion con los agitadores que aun existen en el Palatinado, y porque conocemos el peligro insistimos en la continuacion de la ley marcial.

Ya han debido espirar los poderes conferidos á la comision interina alemana que reside en Francfort, y segun el estado en que se hallaban las negociaciones no parece probable que se hayan renovado á tiempo. Se cree que para salir del paso se habrá tomado el partido de que continúe desempeñando sus funciones provisionalmente durante algunas semanas.

La Prusia se queja amargamente de las concesiones hechas últimamente por el emperador de Austria al clero católico, en lo cual se cree que no ha llevado mas objeto que atraerse las simpatías de las poblaciones católicas de toda la Alemania.

Un periódico aleman anuncia que en Islandia, una de las islas de Dinamarca, ha estallado un movimiento en sentido socialista, producido por las trabas y vejámenes que el gobierno tenia impuesto al comercio con objeto de favorecer al de Copenhague. Al mismo tiempo se dice que habian ocurrido en esta capital algunos desórdenes, excitados por los partidarios de la guerra, que quieren resolver cuanto antes con las armas la cuestion de los ducados de Schleswig-Holstein.

Nada de particular ocurre en los demas estados de Alemania.

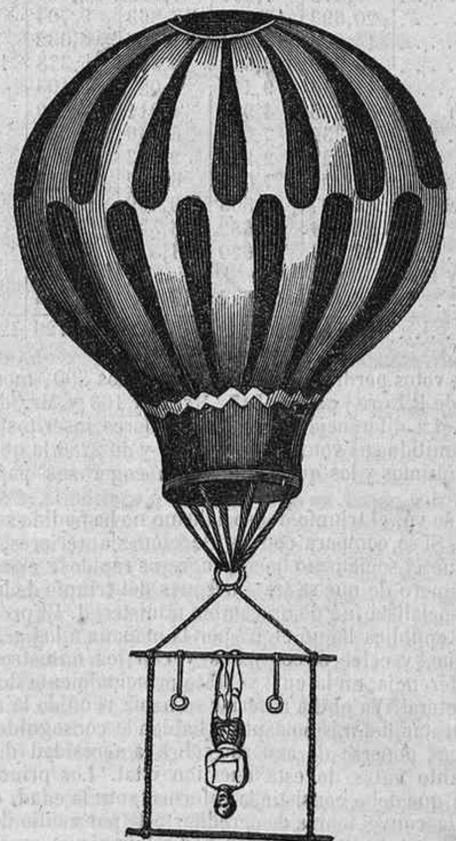
Los periódicos alemanes se ocupan mas bien de los asun-

tos exteriores que de los de su propio pais. La situacion de la Francia es lo que por el momento llama su atencion. En Berlin corrian el 25 rumores alarmantes: se decia que el representante de Prusia en Paris habia escrito á su gobierno manifestando que se estaba en vísperas de acontecimientos graves; que el presidente de la república tendria probablemente que luchar á brazo partido con la demagogia, y que de sus resultados podria suceder muy bien que el gobierno creyese conveniente trasladar su residencia á otro punto. Esta idea ha sido con efecto echada á volar incidentalmente en la Asamblea francesa por el general de Grammont; pero el ministro de la Guerra se apresuró á declarar que el gabinete no habia pensado nunca en semejante cosa. Parece con efecto que los representantes de las potencias extranjeras en Paris no dejan de tener algun recelo sobre el porvenir, sobre todo al ver enteramente rota la alianza del presidente con los gefes de la mayoría, y que el primero propende á gobernar por sí solo, ofuscada su imaginacion con la idea de una popularidad que le exagera sus comensales, y que está muy lejos de ser tan real y efectiva como ellos suponen. Los ayudantes de campo y otras personas que rodean á Luis Napoleon ambicionan los primeros puestos, y movidos por este sentimiento no cesan de instarle para que se deshaga de los que ellos llaman *rutinarios* y se confie á la estrella imperial. En los primeros meses de la presidencia, este proyecto hubiera sido tal vez realizable; pero en la actualidad la confianza que las poblaciones tenian en Luis Napoleon ha decaido mucho, y no parece que esten dispuestas á secundarle. En Berlin se aseguraba ademas que el cuerpo diplomático celebraba frecuentes conferencias, y que todos los representantes tenian instrucciones de su gobierno para que se enterasen á fondo del estado de cosas y diesen frecuentemente parte de todos los sucesos y del juicio que acerca de ellos formasen.

La prensa alemana se ocupa tambien de los movimientos del ejército ruso y de la próxima venida á Varsovia del emperador de Rusia. No se le esperaba á S. M. I. hasta fines de mayo; pero segun las últimas noticias de San Petersburgo, parece que piensa adelantar su viaje con ánimo de permanecer en la capital de Polonia hasta últimos de octubre. No hay que decir los muchos comentarios que con motivo de este viaje, unido á los grandes movimientos de tropas, hacen



Eugenio Sué.



Ascension de Mr. Grollon.

los periódicos: unos se hacen ilusiones de que pronto comenzará una cruzada contra la Francia: otros quieren decir que el Czar limita por ahora sus planes á la cuestión de los ducados de Dinamarca, y otros, en fin, opinan que al aproximarse al centro de Europa, no trae mas plan que estar á la expectativa de los sucesos que pueden ocurrir en Francia y Alemania para obrar segun lo exijan las circunstancias. La inquietud es grande entre los unitarios alemanes, y los diarios que representan estos principios manifiestan sus temores sin rebozo. Todas las demas noticias no ofrecen el menor interés.

FRANCIA. La atención universal se halla fija en este país, cuya suerte está llamada á ejercer tan grande influencia en el porvenir de las sociedades modernas.

Conocido el resultado de la elección de París en que ha triunfado el candidato socialista, el célebre Eugenio Sué, solo nos resta decir que el 28 se hacían los periódicos conservadores grandes ilusiones, esperando confiadamente en el triunfo de Mr. Leclerc. No faltaba quien suponía que la mayoría sería de diez mil votos, y aunque la mayor parte se contentaba con menos, ninguno temía la derrota que ha sobrevenido. El partido conservador, dividido hasta lo infinito, desconfiando unos de otros y ocupado en recriminaciones, parece que está condenado á perecer en las urnas electorales ó acaso en las calles. Este nuevo contratempo servirá también para que el partido napoleónico dé rienda suelta á sus proyectos, los cuales consisten en resucitar la época del imperio, para lo cual no cesa de denigrar á los gefes de la mayoría, de quienes dice que habiendo perdido á las dos monarquías perderán del mismo modo á cuantos gobiernos tengan la fatalidad de apoyarse en ellos. Para seguir preparando el terreno, publica el *Napoleon* una reseña de todas las medidas tomadas por el primer cónsul con objeto de reconstituir la sociedad, lo cual equivale á decir que aquel grande hombre lo hizo todo con la celeridad del rayo, mientras que la Asamblea emplea el tiempo en discusiones que ningun resultado producen. Al presidente de la República le halagan, como es natural, todas esas publicaciones, esperando que se e presentará ocasión de reproducir las glorias de su tío. Pura ilusión en nuestro concepto. Si en diciembre de 1848 la Francia entera puso los ojos en el sobrino del emperador para que la salvara, creemos que en la actualidad está convencida de que no ha encontrado todavía el salvador que busca.

En la sesión del 27 en la Asamblea, Luis Napoleón fué objeto de vivos ataques dirigidos en tono sarcástico por el coronel Charras. Con motivo de la discusión del presupuesto de la guerra, criticó que el presidente de la República estuviese rodeado de ayudantes de campo, siendo así que no ejerce ningun mando militar, y que en las revistas de tropas y otros actos públicos se presenta vestido con uniforme de general de la guardia nacional, cuando la Constitución no le concede semejantes funciones. El presidente de la Asamblea y la mayoría detuvieron al orador en el curso de su peroración, haciéndole ver el primero lo estemporáneo é infundado de semejantes ataques contra el gefe del Estado, conducido á tan alto puesto por seis millones de votos.

El *Napoleon* dice que el presidente disgustado del ningun fruto que hasta ahora se ha sacado del predominio que han ejercido los gefes de la mayoría, está resuelto á prescindir de ellos, y á marchar por la senda que le dicte su patriotismo y las necesidades de la situación. El gobierno francés va á entrar por lo tanto en una nueva era política.

El resultado de la elección de Sué ha sido el siguiente:

Distritos.	Inscritos.	Votantes.	Votos emitidos.	Leclerc.	Eugenio Sué.
1.º	22,796	16,796	16,706	10,906	5,698
2.º	25,635	19,091	18,938	11,379	7,492
3.º	14,983	11,876	11,781	6,134	5,641
4.º	9,668	8,371	8,321	3,768	4,397
5.º	22,359	17,717	17,508	6,361	11,149
6.º	26,797	20,027	19,884	7,428	12,407
7.º	14,142	11,513	11,423	4,844	6,889
8.º	21,242	17,426	17,297	5,985	11,262
9.º	8,475	7,057	7,010	2,911	4,066
10.º	20,693	16,979	16,863	9,794	6,982
11.º	14,083	11,641	11,552	6,032	5,453
12.º	24,326	15,648	15,554	5,378	10,100
Sceaux	11,946	9,140	9,089	5,405	3,634
Charenton	6,525	4,973	4,911	2,649	2,262
Virlejuif	9,359	7,044	6,949	3,537	3,386
Vincennes	3,825	2,931	2,933	2,087	841
Sint-Denis	9,309	7,032	6,982	3,155	3,782
Coubevoie	4,597	3,503	3,499	1,829	1,620
Neuilly	20,071	15,682	15,536	7,976	7,491
Pantin	17,191	11,620	11,521	5,224	6,269
Militares y marinos	16,156	14,522	13,966	6,944	7,021
TOTAL	324,569	250,609	248,329	119,726	127,812

De los votos perdidos, que solo son unos 500, monsieur Dupont (de l'Eure) obtuvo 317, Mr. Foy 163 y Mr. de Giscardin 38. La diferencia entre los electores inscritos y los que han emitido sus votos es de 76040, y de 2280 la que hay entre los últimos y los que acudieron á coger sus papeletas de electores.

Como se vé, el triunfo del socialismo no ha podido ser mas completo. Si se compara con las elecciones anteriores, está á la vista que el socialismo hace progresos rápidos.

Lo primero de que se trató despues del triunfo de la candidatura socialista fué de un cambio ministerial. El presidente de la República llamó el 1.º por la mañana á los gefes de la mayoría, y celebró con ellos y con los ministros una larga conferencia, en la cual se trató principalmente de la reforma electoral. Ya el día anterior se había reunido la mayoría para tratar del mismo asunto, habiendo conseguido, á lo que parece, ponerse de acuerdo sobre la necesidad de ocuparse cuanto antes de esta cuestión vital. Los principales puntos en que debe consistir la reforma, son: la edad, el domicilio y la conveniencia de acreditar este por medio del pago de una cuota de contribución por mínima que sea. En la situación actual y despues del ensayo que ha hecho el partido socialista de la fuerza que le da el actual sistema electo-

ral, se nos figura muy difícil que pueda tocarse á esta especie de *arca santa*; sin embargo, se habla de la reforma con mucha seriedad, aunque bien pudiera suceder que pasado el primer calor se quedase todo en proyecto, como ha sucedido con las leyes represivas propuestas á consecuencia de la impresión que produjeron las elecciones del 10 de marzo.

Por lo demas, también en la Asamblea se reflejó el estado de la opinión. El general Lamoriciere, que á pesar de sus ideas avanzadas es considerado como uno de los mas firmes sostenedores de la autoridad, se dejó arrastrar, con motivo de la discusión del presupuesto de la guerra, á violentos ataques. Constituyéndose en representante é intérprete de los sentimientos del ejército, protestó contra la desconfianza con que lo trataba el gobierno, y manifestó que el ejército estaba dispuesto á combatir enérgicamente lo mismo contra los movimientos revolucionarios que contra los golpes de Estado, ó mas claro, contra los que tratasen de parodiarse un 18 brumario. Si al ejército se le quiere emplear, añadió, como instrumento de proyectos ambiciosos, se equivocan los que así piensan. Este límite que el general Lamoriciere señaló á la obediencia del ejército en circunstancias en que el principio de autoridad se halla tan relajado, causó triste impresión, tanto mas cuanto que el punto á donde se dirigía era demasiado trasparente. El ministro de la Guerra contestó con energía, encomiando el respeto con que el gobierno mira á la Constitución. Replicó el general Lamoriciere con acrimonia, y la *montaña* le aplaudió frenéticamente. La mayoría permaneció silenciosa, afectada tristemente al ver el camino en que entraba uno de los gefes mas influyentes del ejército.

En medio de la confusión producida por las elecciones y por los mil rumores alarmantes que circulan, hasta los periódicos que pasan por órganos del gobierno se complacen en echar combustible á la hoguera. El *Moniteur* de la tarde, diario semi-oficial, publica un artículo en que trata de las concesiones que las clases medias deben hacer á los proletarios, y el *Constitutionnel* propone como remedio á los males que aquejan á la Francia la siguiente panacea:

Reforma de la Constitución por la Asamblea actual.

Prolongación de los poderes de los representantes.

Prolongación por diez años de los poderes del presidente de la República.

Con esto cree el indicado periódico que todo quedará remediado dentro de breve tiempo. ¡Admirable credulidad! Todo el mundo piensa que los males de la Francia reclaman poderosos medios de acción: pero M. Granier de Cassagnac, á quien se atribuye el artículo del *Constitutionnel*, los encuentra tan sencillos que solo consisten en la inamovilidad.

Estos artículos aumentaban la inquietud hasta el punto de que muchos temían nuevas *jornadas*. Otros manifestaban la esperanza de que si llegaba este triste caso, de los departamentos acudiría la guardia nacional para comprimir los caprichos de los parisienses, y por último, no faltaba quien esperase que de todos los puntos de la Francia lloverían peticiones sobre la reforma electoral. Abrumados los pueblos bajo el peso de la centralización administrativa, é impulsados en diferentes sentidos segun los hombres que han estado al frente de la nación, el espíritu público se halla comprimido en los departamentos, y no creemos que estén en disposición de tomar resoluciones enérgicas. Además que en muchos de ellos el socialismo va haciendo grandes estragos, como se vé por el resultado de las elecciones de Macon, en las cuales la candidatura socialista ha obtenido una mayoría mucho mas considerable que en la última ocasión.

El hábito no hace al Monje.

Mentira, mentira, y cien veces mentira, y á quien lo contrario dijere, alegare ó excepcionare, le reto y llamo á singular ó plural batalla, para probarle que se engaña de medio á medio. El hábito hace al monje, y tanto, que allá en tiempo de los convntos no hubiéramos podido conocer á un fraile, á no ser por aquel trage talar que cubría á un hombre como todos los demas. Y si no que lo digan las individuos que tuvieron ocasión de oír hablar á esos santos varones, y de seguro convendrán conmigo en que sin el tal hábito no habrían creído muchas veces que el que ante ellas se espesaba de una manera tan humana, fuese un ser retirado del mundo y dedicado al servicio divino. Digo pues, que el hábito hace al monje; y para probarlo con toda evidencia, referiré los percances que cierto día pasaron á mi pobre persona, revestida de la humilde, prosaica y castellana capa.

Levantéme temprano, es decir, lo que se llama temprano en la corte; entre diez y once de la mañana. Mi primera ocupación fué cojer el diario para saber de antemano donde dirijir mis pasos, y en que había de emplear el día. Empecé á leer:

—«Sección militar:» ¡oh! esto ya se sabe que figura en primera línea en España. «Parada»... A otra cosa, que aunque aficionado á la música, estoy cansado de oír los ásperos golpes de la marcha real.

—«Sección civil:»... veamos: siete emplazamientos y otros tantos embargos. Adelante, no sea que vea por ahí mi nombre, cosa que no me haría malita la gracia.

—«Parte religiosa:»... esto, esto, veamos que dice. «Función solemne en la capilla real: predicará el señor don N. y asistirán SS. MM.» Magnífico, ya tenemos donde pasar la mañana.

Dominado por esta idea, adrecéme lo mejor posible, refrijeré mi estómago con un modesto almuerzo, y envolviéndome perfectamente en mi capa, eché á andar en dirección de palacio.

Despues de media legua de camino, en que me paré ciento cincuenta veces á contemplar otros tantos objetos diferentes, y despues de sufrir algunas docenas de pisadas y tropezones, y de haber corrido á cada momento huyendo de las ruedas de los coches, conseguí al fin entrar sano y salvo, cosa verdaderamente admirable, en la plaza de armas.

La una marcaba el reloj de palacio.—Por vida de... murmuré, voy á llegar tarde.

Entonces, y escondiendo mi rostro entre la capa para evitar el contacto del aire glacial que enviaba Guadarrama, apresuré el paso para entrar cuanto antes en el real alcázar. Mas al llegar á una de sus puertas laterales, oigo al centinela que me dice:

—Paisano, atrás; desembócese V.

—¿Que me desemboce?

—Si no, nadie pasa.

—A la fuerza no hay resistencia, dije: y haciendo lo que el soldado me ordenaba, pasé el umbral de la puerta. ¿Qué diablos significará esto? me preguntaba yo mismo; vaya, yo creía que solamente en las puertas de la población registraban al prójimo para saber si lleva contrabando.

En estas reflexiones y despues de haber vuelto á ceñir mi cuello con la capa, seguí andando por el patio de palacio, hasta llegar á una de las escaleras interiores.

—Paisano, ese embozo, dijo entonces con ceño adusto otro centinela allí apostado.

—Pues señor, está visto que aquí es preciso andar desembozado. Yo prometo que mientras esté en estos sitios privilegiados, no tendrán necesidad de volverme á intimar tal cosa.

En seguida recogí mi capa á la espalda á guisa de cura en día de calor, y mostrando perfectamente todo mi cuerpo subí por una escalera oscura y húmeda, y entré en la galería alta de palacio. Muchas personas paseaban sobre las alfombras de aquel callejón, pero yo sin pararme en nada, y dominado por una sola idea, me entremetí por entre la gente, y conseguí llegar á la puerta de la capilla.

—Gracias á Dios, pensé para mí; vamos dentro.—Caballero, dijo en aquel momento un guardia levantando su pica de torero, que tal me pareció la alabarda: ¿donde vá V.? no se puede pasar con capa.

—¿Cómo qué?

—Ya lo sabe V.; despejar.

—Válgate con mil santos, añadí yo en voz baja, y viendo frustradas mis esperanzas de pasar la mañana tal como había pensado, dejé caer la cabeza, preguntándome á mí mismo, si serian de mejor calidad los hombres que iban á cuerpo.

Cuando yo reflexionaba de esta manera, sentí que una mano extraña me agarraba por el cuello de la capa; vuelvo la cabeza, y hallo detras de mí otro alabardero de largos vigotes, el cual con acento duro y con aire de superioridad, decía á voz en grito:

—¡Eh! individuo, fuera de aquí; en este sitio no se puede estar con capa.

El brusco proceder de aquel hombre me irritó, máxime cuando multitud de personas nos contemplaban: así es que incomodado le contesté.

—No quiero marcharme.

—¿Cómo que no?...

—Si aquí no se puede estar con capa, añadí yo, que no dejen subir; y nos evitarian la vergüenza de ser echados.

Pero el guardia no se dió á razones, hizo seña á unos especie de alguaciles, y entre él y estos me llevaron de un brazo hasta la puerta de la escalera. Como es consiguiente, aquella escena llamó la atención; así es que toda la gente se acercó á nosotros, haciendo un corro en rededor mio. En esto los guardias me muestran la escalera, y dándome un fuerte empuje, me obligan á bajar precipitadamente. La casualidad hizo entonces que una de las muchas personas que se agolpaban á verme, pisara mi capa que se arrastraba por el suelo: aquella fuerza me contiene en la carrera, inclina mi cuerpo hácia atras, se resbalan mis piés, y caigo, chocándose mi espalda contra los peldaños de la escalera. Una risa general siguió á esta catástrofe. Entonces me levanto enfurecido, y sin sombrero, que desprendido de mi cabeza bajaba dando tumbos por la escalera, y sin gafas que se hicieran pedazos contra las piedras, quiero arremeter al causante de tamaños males; pero ¡oh fatalidad de los ciegos!... como mis anteojos se habían caído de las narices, y como sin ellos no distingo si el palacio tiene ventanas ó balcones, y por otra parte atontado por efecto de la caída, y estando además en un paraje oscuro, no pude conocer á mis agresores; así es que equivocando al alabardero con una pobre señora, empiezo á dar á esta de golpes, que habría continuado, si los espectadores no hubiesen contenido mi brazo. Pero aun hay mas: aquella señora tenía allí su marido, el cual viendo maltratar á su consorte, se lanza furioso sobre mí, y me asesta en el rostro sendos puñetazos, que hicieron brotar sangre de mis narices. Entonces, hé aquí que sube la guardia, que llegan los *picadores* ó alabarderos, y que se arma un tumulto, que no sé en que hubiese parado, si los circunstancias no intervinieran en el negocio, apaciguando al irritado esposo, y sacándome á mí de entre los soldados que querian llevarme preso. Tras de cuernos penitencial...

Por fin salí de palacio, y renegando de los guardias y de la etiqueta, me fuí á la plazuela de Oriente, donde despues de un gran rato se calmó mi enojo. Estando allí me acordé de que había sesión en el congreso, y bien por olvidar el percance anterior, ó porque tuviese ganas de presenciar una sesión, me encaminé hácia el palacio de Oriente.

—Al menos allí, decía yo, siendo como es el congreso una reunión de ciudadanos representantes del pueblo, creo que no se observarán prácticas de etiqueta, y que se permitirá al pueblo presentarse tal y como piqueta.

Pero no bien hube pasado del umbral de la puerta de la tribuna pública, lo que me costó esperar una hora, y sufrir algunos culatazos de los centinelas, cuando un hombrecillo, poco mayor que esta palabra, se adelantó hácia mí, que subía ya la escalera, y agarrándome de la falda de la capa, exclamó con aire campanudo:

—¡Eh! ¿dónde vá V?

—¿Dónde he de ir? la cosa es clara, á la tribuna pública.

—No se puede subir con capa.

—¿Cómo qué?

—Como que no. El artículo 345 del reglamento interior, prosiguió mi hombre con tono enfático y algo parlamentario, prohíbe que se pueda subir á la tribuna con capa. V. debe conocer, caballero, que cuando hombres tan profundos como los que la nación envía al congreso por sus representantes, han dispuesto tal cosa, razones habrá para ello.

—¡Oh manía de perorar!... dije yo para mí al oír el razonamiento del portero: aquí desde el cancel de la puerta hasta la mesa de la presidencia está sembrado de lenguas desaseadas de charlar aunque sea dando por las paredes.

—Conque así, prosiguió mi hombre, puede V. bajar, y para mejor cerciorarse, leer si gusta los artículos del reglamento que están á la puerta.

—No, no hay necesidad, contesté yo, haciendo ademán de marcharme.

—Pero si V. quiere subir, volvió á decir el portero, puede V. dejar aquí la capa; y me mostró una larga cuerda que al pié de la escalera servía de guardaropa.

—Bien, ahí vá, dije yo entonces, dando la capa, no sin que á la verdad dejase de echar antes una mirada de duda y de desconfianza.

Concluida esta escena salté las escaleras de cuatro en cuatro, y por fin entré en la tribuna. La pesada farsa que allí se representaba me cansó bien pronto, así es que renegando de las cortes, me dirigí otra vez hacia la calle.

Pero ¡oh desgracia!... yo ignoraba las costumbres y los usos parlamentarios, y no me había prevenido contra los percances que me pudieran sobrevenir.

—¿La capa que le entregué á V. antes?... pregunté al salir.

—Aquí está, me respondió el hombre poniéndola sobre la cuerda.

—Venga.

—Pero deme V. el importe.

—¿Qué importe? añadió asombrado.

—Cuatro cuartos por derecho de cuidarla.

—¿También hay que pagar eso?

—Sí señor.

—Yo creía que la representación nacional no era una empresa de teatros, máxime estando suficientemente dotada en el presupuesto.

—Será lo que V. quiera, pero estos son gajes que no podemos desperdiciar.

Entonces eche mano á los bolsillos, pero ¡oh fatalidad!... por mas que registré, no pude hallar en todos los senos de mi pantalón, levita y chaleco un maldito ochavo. Yo empecé á temblar azorado, y mas colorado que una cera le dije.

—Hombre, yo... se me ha perdido... he dejado en casa el dinero.

—En ese caso, añadió mi interlocutor retirando á un rincón la capa, puede V. marcharse y volver con los cuartos, y le entregaré su prenda.

—Hombre, por Dios; si está medio nevando.

—¿Y qué quiere V. que yo le haga? Pida V. á Dios que envíe el sol de julio.

—Pero... sí... en fin, yo le prometo á V. doblar y triplicar la suma.

—Eso será muy bueno, pero yo no tengo obligación de creer en la buena fé de V.

—Por Dios hombre, deme V. la capa.

—No señor; eso sería sentar un mal precedente.

Tentado estuve ya de saltar sobre aquel ente mezquino, pero considerando que el centinela nos observaba, y ademas por no estar sufriendo las miradas de la gente que allí había, tomé el partido de callar y echar á correr hacia mi posada.

Por mi desgracia vivo al fin de la calle de Atocha, es decir, diametralmente opuesto al palacio del congreso. Pero si la distancia era larga, mi paso veloz la acortaba; porque por buir de un frío bajo cero, y mas que todo por no oír las bur-las de los que me veían pasar, insultando al tiempo con mi levita raída y que se sonreía por los codos y con mi pantalón de tela de cebolla; corría por las calles que era un primor. Ademas sonaban en mis oídos las últimas palabras del hombre de la capa, que me dijo al salir.

—Si V. no vuelve luego, ya no me hallará aquí.

Por fin llego al número ciento y tantos de la calle de Atocha, llamo en el cuarto tercero, y ¡oh desgracia!... mi patrona no responde; redoblo los golpes, que si quieres; mi ama se había ido á rezar no se á que iglesia. Cansado y desesperado bajé la escalera y empecé á andar por la calle sin saber el partido que había de tomar. No era cosa de volver al congreso sin los cuatro cuartos, porque aquel hombre inexorable no se hubiera apiadado de mí; tampoco era cosa de dejar en su poder la capa y estar yo sufriendo los rigores de la estación: ¿qué hacer pues?... Era nuevo en Madrid, hacia ocho dias que había llegado y no conocía á nadie.

En medio de esto recuerdo haber pasado por una calle en que se vendían multitud de objetos, ropas usadas y muebles viejos: entonces se me ocurrió una idea luminosa y dije para mí:

Donde venden tantas cosas, preciso es que las tengan que comprar antes; pues señor, vamos á vender aunque sea la camisa, con tal de sacar cuatro cuartos. Pero hé aquí que yo no gasto cartera, no fumo y por consiguiente no tengo petaca, soy tan descuidado que siempre dejo en cualquier parte el pañuelo, y nunca se la hora que es, por no tener un mal reloj. ¿Qué venderé, pues? En mis bolsillos no hay nada: el corbatín!... esto sería demostrar que había vendido una prenda para desempeñar otra; la levita... arre cuerno que me helaría; el sombrero... me correrían los muchachos por las calles; los pantalones... ¡uf!; la camisa... ¿y donde me desnudo?... ¡Ah!... el chaleco; magnífico, en un momento me le quito en cualquiera portal, y despues abrochándome la levita nadie conocerá la falta de aquel. Ea pues, manos á la obra.

Cediendo á esta idea, entro en un portal, y despues de mirar á un lado y á otro, me quito la levita, pero con tal precipitación que la infeliz no pudiendo con sus escasas fuerzas contener tal impulso, cede al empuje, y un largo giron se me hace en la espalda.

—¡Jesus!... exclamé yo, y sin detenerme me quito el chaleco. En seguida empecé á buscar un alfiler para prender el rasgón, y estando en esta operación, he aquí que aparece en el umbral de la puerta una figura humana. ¡Dios mío!... ¿quién creéis que era?...

He dicho antes que no conocía á nadie en Madrid, pero no hice la escepción de mi catedrático, á quien me había presentado con una carta de recomendación; en la misma ocasión tuve el placer de hablar con Felipa su bella sobrina, á la que prendado de sus gracias, dediqué desde luego mis obsequios. Pues bien, caros lectores, quien se presentó á la puerta en el momento en que yo prendía con un alfiler el rasgón de mi levita fué mi catedrático dando el brazo á su sobrina.

Yo me oculté tras de la puerta, pero el buen señor apurado por una necesidad natural, se puso á orinar en la piedra que con este objeto allí había. Al concluir noté en mí, y

dudando de si era cierto lo que veía, exclamé:

—Hombre ¿es V.? ¿qué hace V. aquí? ¿y tras de una puerta? ¿y en mangas de camisa?

—Yo no sé lo que me pasó; quedé tan sobrecogido que creí que daba con mi cuerpo en el suelo.

—Chica, Felipa, dijo mi catedrático, llamando á su sobrina que ya subía la escalera; mira quién está aquí.

—¡Ay!... exclamó ella al verme con aquellas trazas.

El grito de la jóven acabó de trastornarme, llegando á su colmo mi vergüenza y mi rubor; se me cubrió la vista, la razón se me ofusó, y la sangre se agolpó á mis mejillas de tal manera que me quemaban las manos.

En esto y por un movimiento repentino me pongo la levita hecha girones, tapo mi cara con el chaleco, y dando un salto por entre tío y sobrina eché á correr precipitadamente por las calles.

—¡Jesus!... tío, sigámosle; ¿qué le habrá sucedido?...

—¿A que se ha vuelto loco nuestro recomendado?...

Despues de una larga carrera pude al fin hallarme solo en una angosta calle: allí respiré, y dominado por mi única idea me fuí derecho hacia el rastro. Una tia, mas vieja que los trastos que vendía, y con mas malicia que los andrajos de su tienda, despues de dar cien vueltas al chaleco, despues de murmurar cien defectos, y sobre todo despues de haber examinado con curiosa mirada mi abatida persona, me preguntó:

—¿Y esto es de V.?

—Si señora, contesté yo poniéndome mas colorado que un tomate.

—Es que... V. disimule, pero yo no le conozco y se lleva una tantos chascos que... á lo mejor viene el alguacil con la lista de los efectos robados... y ya ve V.... cada uno está á sus intereses.

—Es claro, murmuré yo.

En este momento dos señoras, á quienes había, como se dice vulgarmente, hecho yo el oso en el Teatro Español, sentido y dándome importancia en una de sus butacas, aparecieron allí, corriendo tras del perrito que se había metido á enredarlo todo. No es decible lo que por mí pasó; yo, que desde la butaca me había lisonjeado de haber alcanzado algunas miradas suyas, encontrarme allí roto, con los cuerpos á perros y vendiendo un chaleco... Abora creo que ni en el teatro, ni en el rastro harían aquellas mugeres maldito el caso de mí.

—¿Y cuánto quiere V.? preguntó la usurera al mismo tiempo que llegaban las señoras.

—Lo que V. quiera. Ande V. luego, añadí por lo bajo; deme V. aunque no sea mas que medio duro.

—¡Ay! ¡medio duro!... exclamó la tia haciéndose cruces: ¿V. está en su juicio? ¿qué le parece á Vds. señoras, dijo dirigiéndose á las dos madamas, lo que pide este jóven? y enseñaba el forro del chaleco.

Yo entonces me escondí entre un sillón de cuero, por evitar á todo trance ser conocido de ellas. Ya por fin estas se marcharon, y saliendo de mi escondite exclamé colérico.

—Con mil demonios deme V. lo que quiera.

—Doce cuartos y va bien pagado.

—Vengan, aunque me ha costado 70 reales.

Y arrebatando los cuartos de la mano de la tia salí corriendo y ocultando el bulto por las aceras.

Ya estamos otra vez frente al congreso. ¿Creéis acaso, mis lectores, que aquí acabaron mis percances?... ¡Oh! no; pero conozco que este artículo se ha dilatado demasiado, y será bueno darle ya un corte. Solo diré, que á las siete de la noche pude rescatar mi capa y volver triunfante á casa.

¡Oh! capa; último recuerdo de nuestros trajes nacionales, desde este dia te cuelgo en la percha, y voy á proveerme de un gabán, aunque sea de esparto, de un capuchón ó de un saco, para poder presentarme en todas partes.

¿Y habrá alguno que diga todavía que el hábito no hace al monje?...

P. A. CARDAÑO.

VIAGE Á LA ISLA ONEIDA.

Dedicado á mi querido tío D. J. K.

I.

CAMINO DE NORFOLK Á WASHINGTON. — Descripción de Washington.

En una tarde del mes de abril de 1848 me hallaba paseando por el embarcadero de Norfolk. La mar estaba agitada, y un violento huracán impedía la entrada en el puerto á una fragata española que en vano luchaba con el furor de las olas para penetrar en él; sus esfuerzos eran combatidos por el mal temporal, y nada conseguían á pesar del arrojo y serenidad de la tripulación.

Toda la población se había agrupado allí para observar las maniobras de aquellos, que ninguna fuerza humana podía salvar; cosa digna de admiración era ver á aquel millar de hombres, mugeres y chiquillos, que animados de un mismo sentimiento guardaban el mas profundo silencio ó daban voces de alegría y dolor, cuando aparecían y se sepultaban en la profundidad de las aguas aquellos seres cuya desgracia había inspirado tantas simpatías en la multitud, y pintado la ansiedad en tantos rostros. Contemplaba yo este espectáculo lleno de interés cuando un grito exhalado por cien mil bocas, me distrajo de mis reflexiones y me hizo volver los ojos hacia los que eran causa de él. La fragata á favor de una evolución tan atrevida, como bien ejecutada, había logrado entrar en la boca del puerto y arrojar el ancla; y sin número de barcas pescadoras se botaron al agua para transportar á tierra firme á los aterrados viajeros, que aun no se atrevían á creer en su propia salvación. Por un movimiento de curiosidad seguí á la gente que se apiñaba para ver desembarcar á los que momentos antes estaban cercanos á la muerte y que eran esperados con impaciencia por sus amigos ó parientes que al contemplar su peligro, no creían poderlos volver á estrechar en su seno.

Ya habían desembarcado los de la primera lancha y empezaban á poner el pie en tierra los de la segunda, cuando

creí ver en un jóven pasajero las facciones de un amigo de mi niñez con el que me había criado y que no había visto hacia diez años. Abrime paso por entre aquella muchedumbre, y á costa de mil esfuerzos logré acercarme al objeto de mis dudas; pero cuando me hallé en la primera fila y pude contemplar á mi sabor su fisonomía, me precipité en sus brazos sin dejarle tiempo para que me reconociese, ni para salir del estupor que le causaba verse abrazar por un hombre á quien creía no haber visto jamás. Ya por fin me reconocí y permanecimos largo rato estrechados, sin que nuestra mútua emoción nos permitiese hablar, pero sin que por eso dejaran de comprenderse nuestros corazones. Pasado este primer momento, hicimos coger á un mozo el equipage y agarrados del brazo nos dirigimos á mi casa, donde quise recibir á mi querido y único amigo; haciale por el camino preguntas sobre preguntas sin dejarle tiempo para contestar á ninguna, obligándole á guardar silencio, pues con mis voces no le hubiera sido posible hacerse entender, hasta que ya mas sosegados, entablamos una conversacion de que dispensaré á mis lectores.

Mi amigo, llamado Luis Gimenez, persona de un corazón tan noble como exaltado, había tenido que abandonar su patria por causas políticas y se disponía á visitar algunas poblaciones de los Estados-Unidos, en cuyo viaje me suplicó que le acompañase, ya que habíamos tenido el placer de encontrarnos despues de diez años de separación. Acepté, pues, reconocido á mi buena suerte que me proporcionaba la dicha de hacer tan agradable paseo en compañía de la persona que quizá amaba mas sobre la tierra, y desde aquel instante no pensamos mas que en fijar el itinerario que habíamos de seguir, y que fué causa de las mas serias reflexiones. Determinamos por fin que nuestros primeros pasos debían dirigirse á Washington, y despues á Baltimore, Filadelfia é isla Oneida, y en su consecuencia entramos á bordo de un buque que se dirigía á la primera población señalada en nuestro libro de memorias.

Seguimos, pues, la bahía Chesapeake en la que está el puerto de Norfolk, cerca de la embocadura del Isabel, y al poco tiempo entramos en el Potomac, y arrojamos el ancla ante la célebre Washington.

Esta ciudad, que lleva el nombre del famoso general, libertador y legislador de los Estados-Unidos, de la que es capital, está sobre el Potomac que recibe navios de alto bordo, y en ella se halla establecido el congreso á las órdenes del presidente de la República, elegido de cuatro en cuatro años.

Los Estados-Unidos confinan al norte con la América inglesa; al oeste con el gran Oceano y Méjico; al sur con Méjico y su mar, y al este con el Atlántico, dilatándose entre 25° y 53° de latitud norte, y entre 70° y 127 de longitud oeste. Sus habitantes son descendientes de las colonias inglesas que sacudieron el yugo de su metrópoli en 1776, é hicieron reconocer su independencia por todos los gobiernos de Europa en 1782 y 83. Su gobierno es republicano y cada provincia es una república particular que envía todos los años sus diputados al congreso general, compuesto de un senado y de una cámara de representantes de los que no puede haber menos de sesenta, ni mas de ciento. Su fuerza militar consistía en 1837 en 12,000 soldados, 750,000 milicianos; su marina la componían 16 navios, 28 fragatas, 45 buques menores y algunos de vapor (1). Sus rentas ascendían á 350 millones de reales.

El aspecto general del pais es de los mas pintorescos; innumerables rios riegan su suelo, y casi todos, despues de un camino mas ó menos largo, enriquecen el Misisipi, uno de los mas afluentes de América.

El territorio de los Estados-Unidos se halla habitado en su interior por varios pueblos indígenas, de los cuales no citaremos nada mas que los principales, como los Micmacks, los Illineses, los Cricks, los Algorquinos, los Chispawayos, los Hurones, los Sénecas, los Miamis, etc.

La fértil y pintoresca Virginia, en cuyo territorio se halla Washington, abunda en plantaciones de todo género; el arroz, el cáñamo, el lino y sobre todo el tabaco, que se encuentra por todos lados y es cultivado con el mayor esmero, forman la parte mas principal de la agricultura anglo-americana.

(Concluirá.)

Ascension de Mr. Grellon.

El célebre aereonauta, verificó antes de ayer tarde su ascension, dejando admirados á cuantos la presenciaron. La concurrencia al solar del Circo de Paul no fué muy numerosa, sin duda por la desconfianza que había de que el viento no le permitiera subir, pero en la plazuela del Rey, en los alrededores del palacio de Buenavista, en las calles del Barquillo y Alcalá, en los paseos del Prado, Recoletos, Fuente Castellana y el Retiro se veía una multitud inmensa que no pudo menos de quedar sorprendida y aun horrorizada al ver elevarse á Mr. Grellon colgado por los pies, dando vueltas y ejecutando ejercicios en su trapecio pendiente del enorme globo que se remontaba por los aires.

M. Grellon es jóven, de buena figura y nobles modales. A las cinco en punto despachó un correo, y luego otros dos, y poco despues de las seis, inflado ya completamente su enorme globo con la rarefaccion del aire por medio del fuego, se lanzó á la atmósfera á ejecutar el gran viage, sin barquilla, sin cesta ni ningun otro aparato para descansar mas que el trapecio en que trabajaba. El globo tomo la direccion á que le impelia el viento norte, y fué á descender sin tropiezo alguno por detrás del Retiro cerca de la venta del Espitu Santo. Al pasar por encima de la plaza de Toros, la gran concurrencia que asistía á la corrida fijó tambien en él la atencion, y sin cuidarse de lo que en la plaza ocurría, no apartó de él la vista hasta que desapareció.

Poco antes de anoecer, cosa de las 7, entraba el célebre aereonauta por la puerta de Alcalá en un coche escoltado por salvaguardias. Un capuchón cubria el ligero traje en que subió.

Es de esperar que la próxima ascension atraiga mucha mas gente al local de M. Paul, único sitio desde donde puede apreciarse en todo su valor al arrojo de M. Grellon.

(1) Pocos años despues tenían 20 navios, 35 fragatas, 65 buques menores y muchos de vapor.

EL BARCO DE LOS MUERTOS.

En el mes de junio de 1813 salió de Tolon el bergantín de guerra francés *el Coracero* con el objeto de llevar á Smirna al cónsul de los puertos de Levante con toda su familia. Encargado yo de una misión particular recibí orden de embarcarme en el mismo buque.

El imperio francés estaba entonces en guerra con toda Europa, y por mas que *el Coracero* estuviese perfectamente armado y equipado, tenía el capitán orden expresa del gobierno para evitar todo combate y no batirse sino en el último extremo, hasta que hubiese llevado al cónsul á Smirna. Ya habíamos encontrado varios buques de guerra ingleses y rusos, pero habíamos evitado su encuentro con grandes rodeos; y al cabo de unos ocho ó diez dias nos pareció la mar mas libre y calculamos ganar el tiempo perdido con la superioridad de nuestra marcha.

El 20 de junio por la noche nos hallábamos á la altura de Argel, y aunque el tiempo estaba sereno, una fuerte brisa del Oeste había obligado á las señoras á permanecer en la cámara despues de comer. Eran las nueve y el buque iba á toda vela, caminando con la mayor rapidéz. El capitán se puso á referirnos la batalla de Trafalgar y estaba en la muerte de Nelson cuando oímos arriba un ruido confuso de voces y de pasos, y al mismo instante entró el oficial de guardia para comunicar á su jefe que el vigia acababa de descubrir vela. Interrumpió el capitán su narración para subir á cubierta y examinar el buque anunciado, con el antejo. Era de bastante porte y navegando con viento en popa venia derecho á nosotros.

Inmediatamente se mandó prepararlo todo como para un combate, y despues soltando alas y arrastraderas seguimos la dirección del viento con increíble velocidad. Hecho esto y viendo que el otro buque perdía mucho terreno con respecto á nosotros, volvió á bajar el comandante á la cámara.

Yo continué haciendo compañía á las señoras que no quisieron acostarse; y cuando principió á apuntar el dia subió el capitán á la cubierta; *el Coracero* caminaba siempre con igual velocidad y el otro buque aparecía aun en el horizonte siguiendo el mismo camino que nosotros.

A eso de las ocho de la mañana refrescó el viento de tal modo que los mástiles casi se doblaban, por lo que fué preciso disminuir velas por temor de que no se rompiesen. Entonces el otro buque se adelantó y á las once ya estaba en nuestras aguas. Era una embarcación grande, pintada de negro, de buena construcción y con todo el aspecto de pertenecer á piratas. Así pasó algun tiempo, hasta que juzgando nuestro capitán que era ya demasiado tarde para evitar el combate, hizo maniobrar de modo que nos pusieramos bordo á bordo con el navío desconocido casi á tiro de fusil. En seguida fué á bajar á las señoras á la bodega y poniéndose de gran uniforme volvió á subir con la espada en una mano y la bocina en la otra. Sonó el tambor, todos ocuparon sus puestos y se esperó el resultado con el mayor silencio. Subió el capitán á la popa y por tres veces llamó al buque sin recibir respuesta y sin que nadie apareciese.

—¿Qué es esto? dijo el capitán, se burlan de nosotros esos canallas? A ver, izad la bandera francesa y apoyadla con un cañonazo sin bala.

Hízose así en un momento, y sin embargo, el otro buque permaneció del mismo modo.

—Cosa mas rara, dijo el capitán. Tirad con bala.

Sonó otro cañonazo y la bala fué

á cortar las escotas de la vela mayor que quedó como una bandera. El buque disminuyó su velocidad y nosotros tuvimos que cargar algunas velas para no adelantarle. El segundo cañonazo que había hecho un gran agujero en el bordo quedó tambien sin respuesta. El capitán dirigió su antejo al dicho agujero y su rostro manifestó al punto la admiración.

—Están muertos? dijo. Mirad al pié del palo mayor.

Y diciendo esto dió el antejo á su segundo.

—Capitán, dijo este, veo dos ó tres hombres recostados en el suelo y otro apoyado en el palo mayor, pero no tiene movimiento.

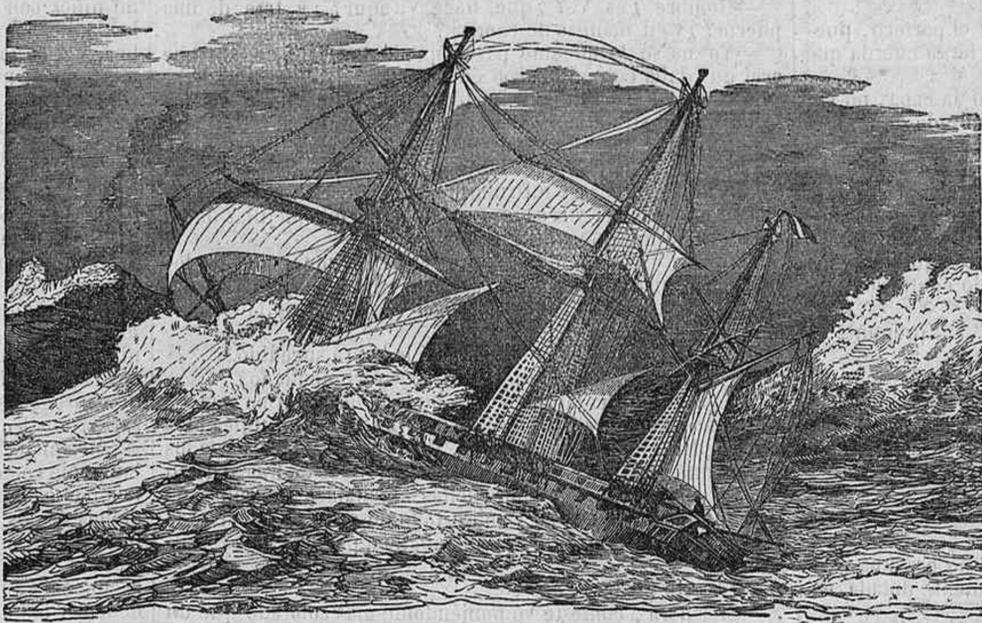
Volvióse á llamar otra vez y nadie respondió. Entonces el capitán tomó una carabina y apuntando al hombre que esta-

ba apoyado en el palo mayor, tiró... El hombre hizo un leve movimiento hácia adelante, pero permaneció de pié.

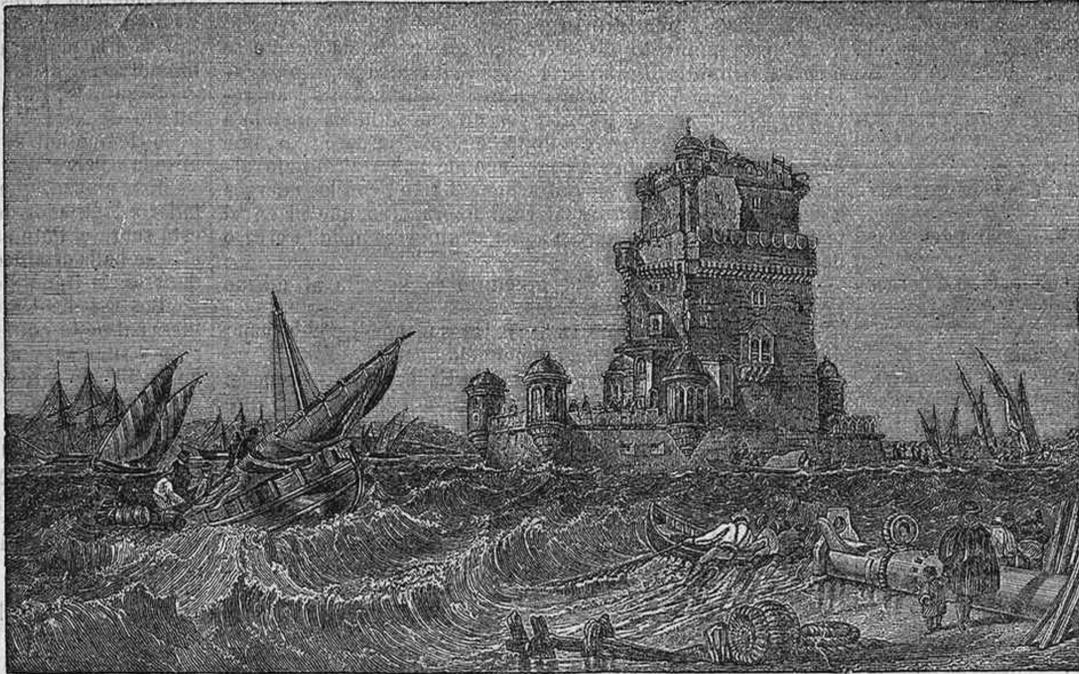
—Decididamente, señores, dijo el capitán arrimando su carabina al borde de la cubierta, es preciso ir á reconocerlos mas de cerca; al momento, un bote al agua con doce hombres y un guardia marino.

Los marineros dudaron por ciertos recuerdos supersticiosos que se ofrecieron á su imaginación y un viejo contramaestre balbuceaba de un modo casi ininteligible algunas palabras entre las que se percibía el nombre del *Cazador holandés*.

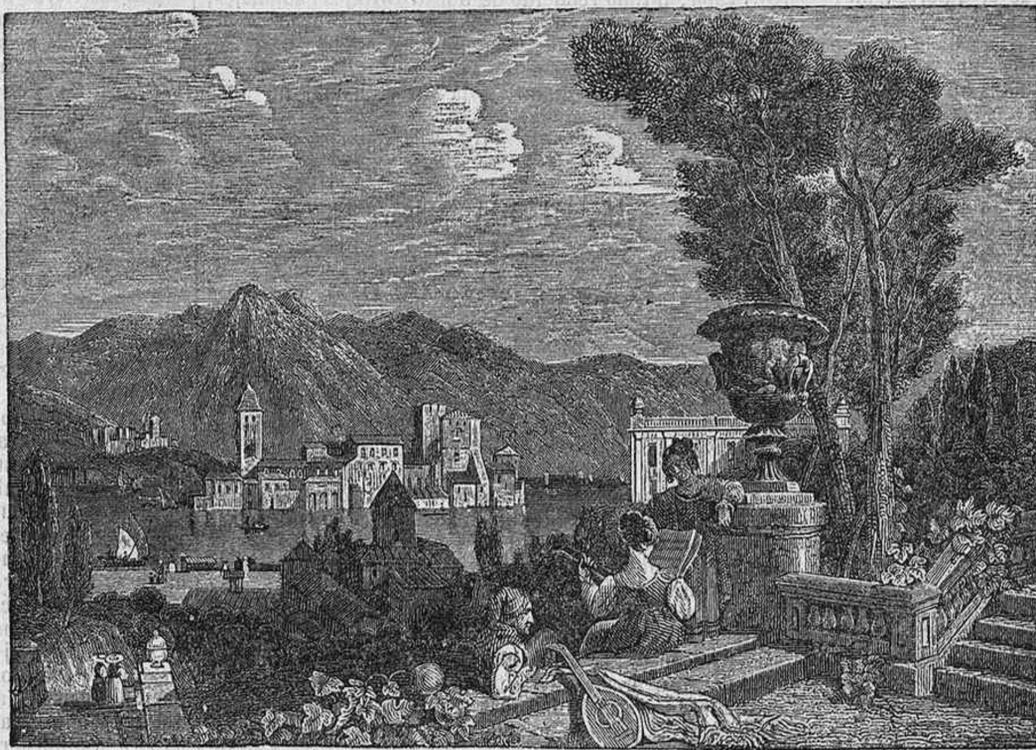
—¿Os burlais de mí, canalla? dijo el capitán: acaso no sabeis tan bien como yo que el *Cazador holandés* no navega



Alta mar.



La entrada en el puerto.



La bahía.

mas que alrededor del Cabo de Buena-Esperanza?

—Eso es verdad, respondieron todos.

—Pues vamos, el bote al agua sobre la marcha.

Yo solicité ser agregado á la expedición y bajé al bote: nuestra gente navegó vigorosamente hácia el buque desconocido y á los cinco minutos estuvimos debajo de su popa, en la que se leía en grandes letras blancas su nombre *La Anunciación*.

Entramos en la embarcación por las ventanas de la cámara con nuestras armas prevenidas. Todo estaba roto y en el mayor desorden. Los armarios descerrajados y algunas monedas sembradas por el suelo nos hicieron creer que había sido saqueado. Hallamos tambien una gran bandera azul, amarilla y roja y gran porción de cadenas, lo que nos dió á conocer que era un buque negrero colombiano.

Recorrimos la bodega y los entrepuentes antes de subir á cubierta y en todas partes había el mismo desorden. Pólvora, víveres, armas, todo estaba sumergido en la bodega y ningun ser viviente se veía. Sin embargo oíamos sobre nuestras cabezas un ruido singular. Las escotillas estaban abiertas y subimos á la cubierta con la pistolas en la mano; pero no bien

habíamos llegado cuando un insufrible mal olor nos quitó casi la respiración presentándose á nuestra vista un horrendo espectáculo.

Como unos ochenta infelices estaban tendidos y clavados de piés y manos en la cubierta. Uno de los cadáveres que parecía ser el del capitán del buque, estaba clavado tambien de los cuatro reinos al palo mayor y sin duda para hacer mas terrible su agonía la habían puesto delante dos toneles, uno de galleta y otro de agua. La bala del tiro que disparó nuestro capitán le había atravesado el pecho.

Estábamos todos horrorizados y no sabíamos á quien achacar tan espantosa crueldad, cuando subió un marinero trayendo una botella cerrada que había encontrado en la cámara. De ella sacamos un papel que decía así:

«El 27 de diciembre de 1812 en las alturas de Puerto mayor de las Esmangas, el capitán W...z que manda la fragata de S. M. B. *Hamlet* encontró al buque negrero colombiano *la Anunciación*. Conforme á las leyes inglesas sobre el tráfico de negros, dió orden el capitán de que toda la tripulación, que estaba poseída del vino, fuese hecha prisionera. Pero habiéndose encontrado en la bodega de *la Anunciación* los cadáveres de dos ingleses que no habían tenido tiempo para arrojar al mar y varias mercaderías robadas en un buque de esta nación, el capitán *del Hamlet* ha usado represalias, mandando enclavar á toda la tripulación del negrero sobre cubierta y abandonándola á merced de los vientos con todas las velas desplegadas.»

«Alta mar 27 de diciembre de 1812.»

«El capitán de la fragata *Hamlet*.—W...z.»

Por orden de nuestro jefe fueron desclavados todos los cadáveres y envueltos en velas viejas. Se puso fuego á *la Anunciación* que ardió toda la noche y se sumergió al amanecer.

Algunos dias despues de este funebre acontecimiento, entraba el bergantín *Coracero* en la bahía de Smirna.

MUSICA TIPOGRAFICA.

Hace tiempo que entre las mejoras que tenemos meditadas para *LA ILUSTRACION*, y que sin pomposos anuncios vamos introduciendo á medida que nos es dado vencer los muchos y casi insuperables obstáculos con que tropieza en España una publicación de este género, deseamos presentar de tiempo en tiempo planas de música escogida.

La dificultad consiste en hallar un medio de que las dichas planas pudieran imprimirse al mismo tiempo que las demás de texto y viñetas, sin valernos, por consiguiente, de la litografía, que requeria una estampación especial y anterior á la del periódico, sin recurrir al medio lento y casi imposible del grabado en madera, ni hacer uso, en fin, de la tipografía musical que se emplea en el extranjero, y á que en nuestro país es preciso renunciar por ahora. La polka que nuestros lectores tienen á la vista, es el primer ensayo presentable del nuevo procedimiento que nos proponemos plantear para conseguir nuestro deseo. Si la prueba incompleta que en pequeño hacemos en este número, no defrauda nuestras esperanzas en el transcurso de la tirada y merece la aproba-

cion de nuestros lectores, pronto tendremos el gusto de ofrecerles piezas escogidas de las óperas que se estrenen, y composiciones de maestros españoles.

EPISTOLA

AL DIRECTOR DE LA ILUSTRACION.

Madrid 2 de mayo.

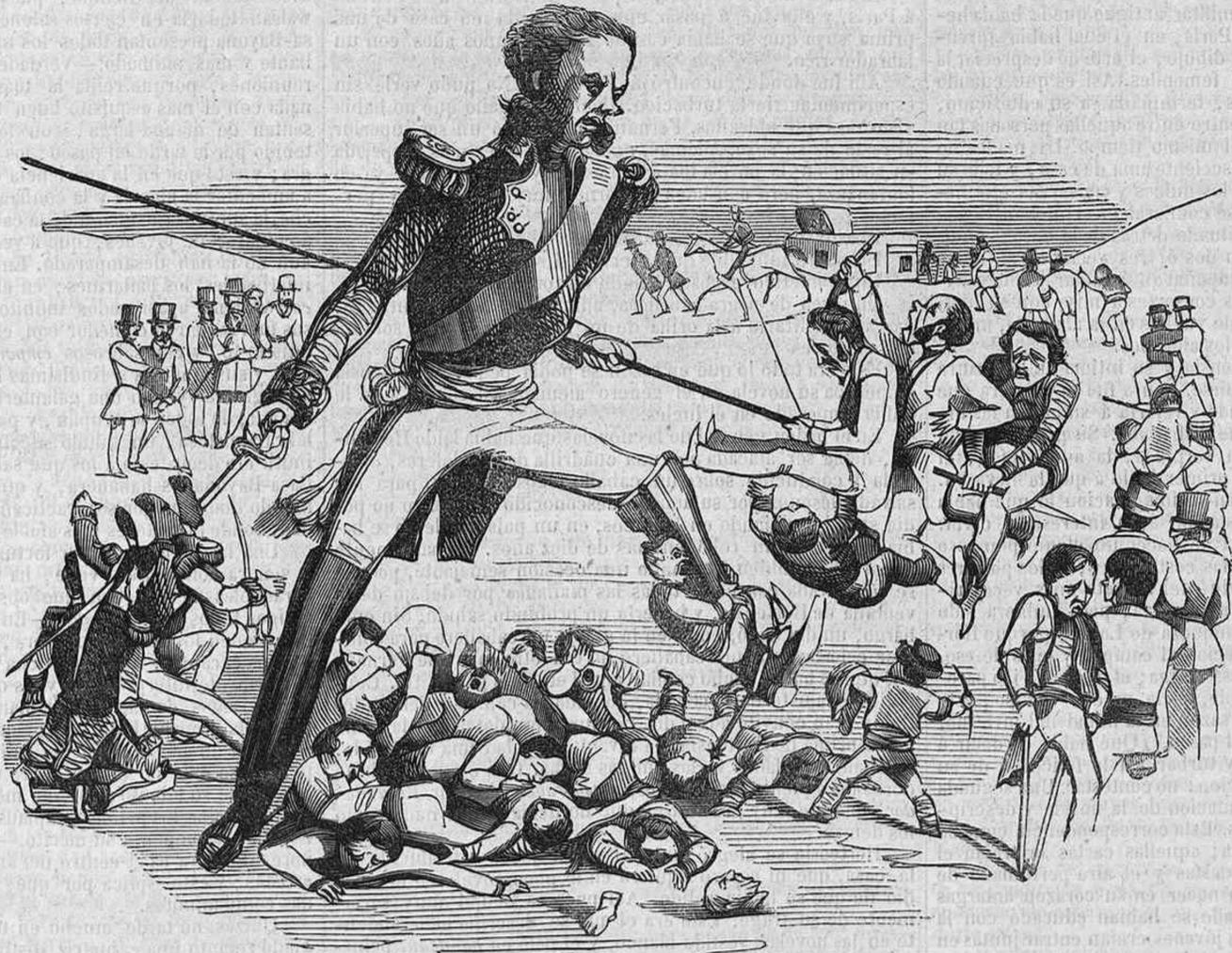
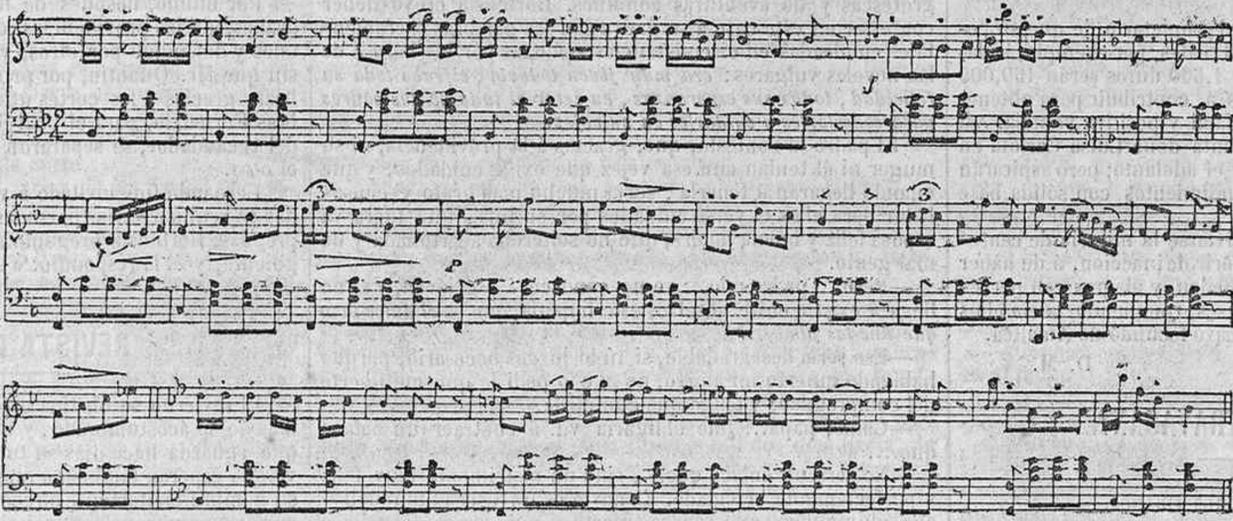
Director amigo: molido, cansado y lleno de fatiga estoy de hacer esfuerzos para reprimirme y no revelar á V. una idea que me atormenta y anda por mi imaginacion hace algunos dias; pero pues que V. me apura y se empeña en publicar un articulo *moitié plaisant, moitié sérieux*, voy á romper el silencio y á declarar solemnemente y conforme á derecho, que no es mi voluntad escribir el tal articulo. V. me atajará alegando, que ya comprende el motivo de mi resistencia; que se han agotado, por lo visto, los recursos de mi entendimiento; que á pesar de mis 36 años, conozco muy poco el mundo; que no siempre acompaña á esta edad la inteligencia necesaria, que no puedo pintar al vivo las ridiculeces, egoismo y vanidad de ciertos hombres, porque no soy frenólogo, fisiomista, ni filósofo tampoco.

¡Dios de Israel y qué blasfemia! Si tal dice V., apreciable amigo.... me ultraja atrocemente; puesto que en el dia es literato el que se ha tragado cuatro libros viejos, y ha aprendido casi de memoria algunas novelas de las muchas que vienen estampadas en los periódicos extranjeros. Es filósofo también, el que viste un traje oscuro y modesto, el que no se roza con todos los hombres, y el que redacta revistas eclesiásticas y artículos científicos sembrados de sentencias, de pronósticos y de frases griegas y latinas. Es historiador y hombre de chispa, el que cita algun suceso de la revolucion francesa; el que refiere los principales hechos de armas de la guerra de la independencia española, y el que escribe algun episodio ó romance de la lucha civil pasada. Es persona despejada é instruida la que cuenta algun chascarrillo, la que tiene muchísima facilidad en espresarse y no deja meter baza á nadie cuando se sostiene alguna animada conversacion, y la que todo lo censura, cuando vé escrita alguna cosa que pueda ofender su escesivo amor propio. Es sujeto de mérito, liberal y de grandes esperanzas, el que lleva la corriente de todo el mundo y á todos lisonjea y adula, el que ha hecho á varios palos, el que sobresale demasiado en las sociedades y en los cafés públicos.

Así que, no debe dar V. á mi escusa, ni aquella, ni otra alguna de las respuestas que llevo espresadas, sino callar y estar atento á las razones que á continuación le diré. Mas de doce articulos tenia escritos para *La Ilustracion* y *El Semanario Pintoresco Español*, que no ha querido admitirme el Director de ambas publicaciones. Los unos están á juicio de su merced muy frios; tales son los que redacté en dias de amanecer sin una peseta, que tambien suele sucederme de puro generoso. Los otros los encuentra dicho señor demasiado calientes y me reconviene por haber escrito cosa que tal vez necesite del permiso del señor don José de Zaragoza. Estos articu-



POLKA.



Júpiter y los gigantes.

Descomunal batalla en el territorio de Gibraltar, entre los generales que se agarran á la pajita de *El Heraldo*; redactores, cajistas y prensistas del referido periódico, y el esterminador del género humano, el nunca bien ponderado descendiente de don Pedro el Cruel, Ricardo Corazon de Leon, don Quijote de la Mancha y otras personas muy conocidas.... en su casa.

los son los que escribo yo cuando salgo del concurrido y acreditado café de la *Joven Esmeralda*, donde ciertos amigos me suelen obligar á beber una copa del rico *bálsamo capuchino*; ó cuando he leído desde el principio hasta el fin algunos tomos de flamantes poesías, ó los incomparables periódicos *El Napoleon*, (*Journal français*) *El Trono y la Nobleza*, *El Heraldo*, *El Popular*, y *La Gaceta*, ó cuando asisto á las farsas gitanas del Instituto.

Otros artículos me los tacha el amigo Director, de escesivamente largos, sùtiles en demasía, metafísicos y altisonantes; y con esto me deja tamañito. ¡Cuando yo se los habia presentado lleno de *vana-gloria*! Si critico las costumbres de la gente ociosa, petulante y altanera, y no perdono al individuo ó individua que *todo* lo censura y *nada* le parece bien, salimos con que se atufan y me piden esplicaciones.... porque cada cual se considera un Potentado, un Licurgo, un Garricó, un Henderson, un Quinto Flavio, un Vutibamba y un Quinto.

A todo pone, el buen Director sus dificultades. Me sale luego con que escriba articulos de *novedad* y de puro *pasatiempo*. Pero esto es cabalmente lo que no quiero ó lo que yo no puedo. No, señor; no es mi genio para eso, porque yo, ó he de callar ó he de decir las cosas *claras* como buen castellano viejo. Y en estos benditos tiempos en que el trigo vale en la Rioja á 20 reales vellon la fanega, y el vino tinto bueno á 30 cuartos la cántara, no se puede hablar con sinceridad ni franqueza.

En una palabra, Director amigo, cualquiera defecto que yo quisiera señalar y escribir en el papel, habia de ofender á una clase *elevada* de la sociedad, y yo no quiero buscarme ruidos. Por esa razon he roto en dos mil pedazos el borrador que tenia hecho de un artículo contra los que no remedian en lo posible las necesidades pù-

blicas, contra los que no ponen los medios para ir templando el orgullo de la miseria popular, contra los que no contrarrestan el amaño, la inteligencia y el dolo de los vendedores públicos, contra los que no evitan que esa muchedumbre de indigentes y pordioseros anden por las calles, paseos y cafés con exclamaciones y ayes que arrancan el corazon, y que son producidos por la necesidad y por el hambre; y contra los que no precuran descargar á los contribuyentes....

Juro á V., amigo querido, por el alma del buen ladrón, que el tal articulo era de lo mejorcito que yo pienso escribir en toda mi vida. Pero, ¡cómo ha de ser! estos tiempos traerán otros; y hasta tanto, emplearemos la péñola en sermonear en desierto, y en describir cuadros históricos de ocurrencias curiosas, y de costumbres inocentes.

Queda de V. como siempre, su invariable compañero

BERNABÉ ESPAÑA.

Regadío de la Mancha.

Es indudable que las vastas llanuras de la Mancha fueran el país mas delicioso del mundo si tuvieran riego asegurado. La feracidad del terreno le hace producir las mas pingües co-

sechas, cuando le favorece el agua del cielo. Estos grandiosos productos serian positivos y permanentes, estableciendo un regadío constante. La Mancha, hoy tan árida cuando la atmósfera le niega su rocío, sobrepujaría entonces en fecundidad, prosperidad y lozanía de vegetación á las huertas de Valencia, Murcia y Alicante.

Próvida la naturaleza, le ha brindado este agua permanente que necesita. ¿Es la desidia de los hombres ó la inercia de los gobernantes lo que hace no aprovecharla?

Por un fenómeno geológico, las sierras de Alcaraz dan en sus vertientes hácia Albacete y hácia el Norte copiosos manantiales, restos sin duda de efectos volcánicos, y de los que constituyen las célebres lagunas de Ruidera, hace caudal el Guadiana, aunque para esconder luego sus aguas y retirarlas del beneficio que tampoco se procura de ellas.

Pero aquellos grandes receptáculos, aquellos inmensos, inagotables é insondables depósitos parecen constituidos allí por la naturaleza para tomar de ellos las aguas necesarias á fertilizar las vastas llanuras que dominan. Hace muchos años que se ha pensado en aprovecharlas. Están hechos todos los reconocimientos, presupuestos y planos necesarios. ¿Por qué no se lleva á cabo? ¿Por qué se retarda la felicidad á tan interesantes comarcas?

A la inmensa utilidad de tan grandiosa obra, solo se objetará el cómo se hace; de dónde se proporcionan los medios.

Desde el momento de empezarse el desagüe de las lagunas de Ruidera, comienza su producto. Al primer cuarto de legua, desde el primer azadonazo hace el riego la retribución del costo. Los mismos interesados como terratenientes pueden sufragarlo. La diferencia de valor entre un territorio de secano y otro de regadío llega á ser hasta el duplo (como se vé en las propiedades vecinas al canal de Llobregat). Pero aunque el poco adelanto de la agricultura no permita tanto aprovechamiento del terreno en la Mancha, siempre hay que contar con que el regadío lleva consigo:

- 1.º La seguridad de la cosecha, lo cual vale por mucho.
- 2.º La de coger dos cosechas al menos.
- 3.º La de los grandiosos productos del arbolado, etc.
- 4.º La de los artefactos en la corriente del agua.

De modo que puede asegurarse que los productos de las tierras y su valor por consecuencia ha de quintuplicarse al menos.

Y con esta ganancia que tiene el propietario de que su posesión en lugar de reeditarle 1,000 reales, por ejemplo, le dará 5,000; y de que en vez de valer 1,500 duros serán 150,000 reales, todos concurrirán gustosos á contribuir para obtener tan exorbitante ganancia y tan fácil y positiva ventaja. Así se hizo el canal de riego de la Infanta doña Luisa Carlota en Cataluña.—No todos podrán hacer el adelanto; pero aspirarán á procurárselo, efectivo de los rendimientos con sólida base para la continuación de la obra.

Con esto desde luego podía aliviarse la miseria de centenares de familias; libertarlas de morir de inacción, ó de haber de emigrar á suelo extraño si lo pueden, y alegrar con volver tan lisongero á tan dilatados países, rompiendo hácia ellos el raudal de su ventura, y el cóncavo fecundo de Amaltea.

D. M.

UNA HISTORIA ESTRAVAGANTE.

HORTENSIA.—LOS PADRES TIRANOS.

IV.

Hortensia era hija de un militar antiguo que la había hecho educar en un colegio de París, en el cual había aprendido al par de la música y el dibujo, el arte de despreciar la costura y demás ocupaciones femeniles. Así es que cuando volvió á la casa de sus padres, terminada ya su educación, se halló triste y fuera de su centro entre aquellas personas tan honradas pero tan vulgares al mismo tiempo. La madre no sabía nada más que ser una excelente ama de casa, y todo su amor propio consistía en que los dulces y conservas que hiciera fueran los mejores que se comieran en el pueblo. El padre cultivaba un jardinillo situado detrás de la casa, y por la noche jugaba al *trunfo* con dos ó tres vecinos, antiguos veteranos como él que le acompañaban á fumar y beber cerveza. El domingo iban ambos consortes á misa con su hijo, y por la tarde daban un par de vueltas en la alameda, mientras bailaban los jornaleros y los aldeanos.

Al salir del colegio, Hortensia y su íntima amiga Laura Lemault habían jurado escribirse. Laura fué la primera que lo hizo; vivía en el gran mundo y refería á su amiga las innumerables diversiones de que disfrutaba. Su primera carta estaba dedicada á describir la sorpresa, la admiración, el placer que experimentó en el primer baile á que la llevaron.

Hortensia buscó en vano en su imaginación lo que había de escribir á Laura en contestación á su interesante carta. Tuvo por un momento la idea de hacer un elogio pomposo del campo, de la sencillez de las costumbres, de los placeres sin peligros de ninguna especie, del aspecto unas veces risueño otras imponente de la naturaleza; pero hubiera sido corresponder muy mal á la franqueza de Laura, porque Hortensia no tributaba esa admiración al campo, y lejos de eso, envidiaba un poco á su dichosa amiga; el campo la iba pareciendo un desierto insostenible, hacia mucho tiempo, esto sin contar que se hallaba á la sazón en la mitad del invierno, y hasta se había suprimido el paseo. ¿Qué había de decir á Laura? ¿Se había de quejar y turbar así la felicidad de su amiga? Tomó una determinación: no contestar. Una segunda carta de Laura traía la continuación de la novela y descripciones de festines asombrosos. Esta correspondencia empezó á ser fastidiosa para Hortensia; aquellas cartas la traían el sonido armonioso de las orquestas y el aire perfumado de los salones de baile, y hacían nacer en su corazón amargas penas. Al salir del colegio donde se habían educado con la mas estricta igualdad, las dos jóvenes creían entrar juntas en la sociedad en la cual se encontraban ya cruelmente separadas. Hortensia se halló sin fuerzas también para contestar á la segunda carta. Efectivamente, ¿qué había de decir en contestación á las magnificencias que describía Laura? ¿Qué ocurría alrededor de Hortensia que pudiera interesar á Laura?

Es verdad que la higuera grande de la huerta se había

secado, que el cura había despedido su criada, que la manteca estaba mucho más cara que en los años anteriores, que se habían leído en la iglesia las amonestaciones de Dionisia Deschamps y Mateo Cornudet. Pero ¿qué le importaba todo esto á Laura que no conocía á los Deschamps, á los Cornuets, al cura ni á la higuera?

Laura, viendo que no recibía respuesta á sus cartas, acabó por dejar de escribir, y Hortensia cayó en una profunda melancolía. Su padre la anunció un día que la iba á casar.

—He tenido un amigo, la dijo, que murió lejos de aquí. No supo tu nacimiento sino por mis cartas. Tenía un hijo, y convivimos en uniros. El joven que posee algunos bienes, está estudiando leyes en París. Este año debe concluir su carrera, y celebraremos la boda al instante.

La pobre Hortensia creyó que se le partía el corazón en el pecho. Un casamiento convenido de antemano con un hombre á quien nunca había visto, un enlace que no había sido precedido de un encuentro casual, por una impresión repentina, por obstáculos de que salieran victoriosos el amor y la constancia; un matrimonio así, en fin, le pareció la desgracia mayor que pudiera sucederle. ¡No habría ya en su vida ninguna de las aventuras referidas en las interesantes novelas que había leído con Laura!

Viviría y moriría como una de esas flores que, nacidas en un desierto ó en la cima inaccesible de un risco, en vano ostentan sus ricas y vistosas corolas que nadie admirará y exhalan perfumes que nadie aspirará! ¡Belleza perdida, perfume inútil! Le parecía que aquella sentencia de su padre la arrancaba toda su belleza, su juventud, sus brillantes flores de amor, y que el día de su boda tendría de repente treinta años.

No es fácil describir toda la extensión de la influencia que ejercen en ciertas organizaciones las primeras lecturas, y cuántos jóvenes han sido presos de algunas pasiones que han decidido de su suerte de resultados de haber leído la *Nueva Eloisa* y *Pablo y Virginia*. Las mujeres particularmente, que tienen una educación y simpatías menos literarias, mezclan con estas obras, que en medio de su exaltación tienen un fondo de nobleza y animación que son el contraveneno de aquella, una infinidad de novelas de tercer orden, calcadas todas unas sobre otras, que les llenan la cabeza de frases grotescas y de aventuras comunes. Hortensia creyó deber contestar en este caso á su padre con las palabras sacramentales empleadas en circunstancias análogas por los héroes de las novelas vulgares: *era muy joven todavía, cifraba toda su felicidad, todas sus esperanzas, en estar al lado de sus padres para consolarlos y cuidarlos en su vejez.*

El padre la contestó, que, gracias á la providencia, ni su mujer ni él tenían aun esa vejez que exige cuidados, y que cuando llegaran á tenerla, sería mucho más grato y consolador para ellos el verse cuidados por su hija, que fuera ya esposa feliz y buena madre, que no solterona acartonada y de mal genio.

—Pero... padre mio... yo no conozco á ese joven, y si no llega á existir entre nosotros esa simpatía, que es el dulce lazo que une las almas...

—Eso sería desagradable, si tú lo juzgas necesario, porque habiendo muerto mi amigo, no puedo pedirle que me liberte del compromiso, y tengo que cumplirle.

—Como, papá... ¿me obligaría vd. á contraer un enlace que...

—No será un enlace que..., sino un matrimonio muy feliz y perfectamente arreglado. El novio es un excelente muchacho muy guapo, que espero traerte á mi regreso del primer viaje que haga á París.

Algunos meses después, el padre de Hortensia se marchó á París, y ella fué á pasar una temporada en casa de una prima suya que se había casado hacía algunos años con un labrador rico.

Allí fué donde encontró á Fernando. No pudo verle sin experimentar cierta turbación. Hacía ya un año que no había visto mas que aldeanos. Fernando le pareció un ser superior al resto de su sexo. Además, comenzaba á ver mas despejada su situación; la novela iba á empezar, y se delineaba ya en lontananza, pero con unos contornos muy marcados y perfectos.

PERSONAJES:

Un padre inflexible que sacrifica á su hija única.

Un prometido esposo, odiado en todos conceptos.

Un joven de negra cabellera, admirador de la naturaleza, paseando solitario á la orilla de un riachuelo, y á la sombra de los sauces.

Esto era todo lo que en razón se podía pedir, y Hortensia empezaba su novela en el género aieman, así como Laura la había empezado en el inglés.

En el orden general de las novelas que había leído Hortensia, debía ser atacada por una cuadrilla de bandoleros, ó robada y conducida sobre un caballo fogoso y veloz, para ser salvada después por su amable desconocido. Pero esto no podía suceder viajando en borricos, en un país donde no se había cometido un robo en mas de diez años. Probablemente aguardaba también Fernando una ocasión semejante, porque se contentaba con pasar todas las mañanas por debajo de la ventana de Hortensia, y hacerla un profundo saludo. Sin embargo, un día llegó, entró en la granja un caballero para comprar cebada, y aquel caballero no era otro mas que Fernando, que se había hecho confiar aquel encargo por su tío. Concluido el ajuste de la cebada, convidan á comer á Fernando. Había gran convite aquel día, porque la propietaria de la granja, la prima de Hortensia, se levantaba de la cama de parida. Estaban convidadas varias amigas suyas, tres ó cuatro labradores de aquellos alrededores, y esperaban al señor *Recaudador*, hombre muy gracioso, y que no decía nunca nada como los demás.

Hortensia se alegró tanto al ver al joven introducido en la casa, que ni reparó siquiera en lo poco novelesco del medio de que se había valido. Así pues se ocupó muy seriamente de su traje. Este era el que se describe generalmente en las novelas: vestido blanco, y el pelo en *bandeau*, peinado muy agradable por cierto, y sobre el cual no aventuramos ninguna crítica; en esto como en otras muchas cosas, las novelas valen cuasi tanto como la vida, y aun algunas veces sería quizás mas agradable leer que vivir. Hortensia era realmente una muchacha hermosa, alta, esvelta sin ser flaca, llena de gracia en su andar y en todos sus movimientos; sus

ojos azules y grandes estaban medio velados por magníficas pestañas, y su bellissimo pelo castaño, fino y sedoso, formaba lindas ondulaciones.

Se esperó mucho tiempo al señor *Recaudador*, que llegó por fin magníficamente vestido con un frac azul calado con botones dorados, pantalón de mabon y chaleco amarillo. Varios alfileres de diamantes, harto gruesos para no haber salido de las entrañas de... un pedazo de vidrio, adornaban la pechera de su camisa; varias cadenas se cruzaban sobre su chaleco, y un brillante mas grueso aun que los diamantes de la pechera, hubiera brillado en su dedo anular, si hubiera tenido brillo. Era un joven alto, rubio é insípido, con un bigote rojo que tenía de negro, era presuntuoso y afectado hasta en sus mas mínimos movimientos. Saludó á la señora de la casa con el epíteto de «bella dama», y dió á Hortensia un ramillete que había llevado en la copa de su sombrero. Fernando conoció que el recaudador y el joven que había visto entrar el primer día en la granja, eran una misma persona. Hortensia dió las gracias al recaudador por su atención, y puso el ramillete sobre la chimenea sin volverse á acordar de él.

—Ruego á vds. que me dispensen el haberles hecho esperar tanto; dijo con meliflua voz el recaudador; pero me he visto obligado á venir muy despacio; una de las botas me hace mucho daño. Indudablemente soy el hombre peor calzado de Francia. Y al decir esto soltó una carcajada seca é imbécil que dió la señal de la hilaridad y de la admiración. Fernando sonrió moderadamente.

Sentáronse á la mesa. El recaudador fué colocado á la derecha del ama de la casa, y Fernando á la izquierda, pero por dicha tenía á Hortensia al otro costado.

El recaudador comenzó á hacer alarde de todos los juegos de palabras, de todos los equívocos que tenía por costumbre colocar, viniesen ó no á pelo en la conversación, para sostener la reputación de chistoso que se había esforzado en alcanzar por este medio entre aquellas gentes; pero Fernando le salía al encuentro cada vez que iba á decir uno de sus pretendidos chistes, y le demostraba con respuestas secas y duras que no estaban previstas en el formulario chistoso del buen recaudador, el cual tuvo el disgusto de que el ruido de los vasos y de la conversación de los convidados, cubriera al fin enteramente su voz.

Por último, después de haber hablado del precio de los granos, de las providencias del alcalde que fué atacado por unos y defendido por otros, y de varios chismes de pueblo, sin que Mr. Quantin, por primera vez, pudiera nunca metebaza, gracias á los cortes que diestramente daba á sus palabras Fernando, para el cual eran intolerables los equívocos del recaudador, se separaron ambos mal avenidos el uno con el otro.

Fernando fué invitado á volver todas las tardes, pues todas se reunían varias personas, bailaban y jugaban á juegos de prendas. Hortensia preguntó á Fernando si volvería al día siguiente, y él la respondió: «bien sabeis que sí.»

ALFONSO KARR.

REVISTA DE MADRID.

El invierno se obstina este año en prolongar su dominio mas de lo acostumbrado, y no deja aparecer á la primavera que aguarda hace días su turno; las flores y las *toilettes* de verano esperan también á que el mes de mayo cumpla lo que su nombre tácitamente ofrece, para ostentar las unas su frescura y sus purpurinos colores, su elegancia y su novedad las otras.—Los pollos son los únicos que no se quejan de la inconstancia del tiempo, pues merced á ella, polkan y walsan todavía en ciertos salones, los de la condesa de Casa-Bayona presentan todos los miércoles el aspecto mas brillante y mas animado.—Verdaderamente son deliciosas esas reuniones, porque reina la mas cordial franqueza, hermanada con él mas esquisito buen tono.—Las señoras se presentan de manga larga, con los propios vestidos que han tenido por la tarde en paseo: los hombres van de corbata negra; y esto que en la apariencia es insignificante, contribuye á aumentar la alegría y la confianza.—Desde las diez de la noche, la suntuosa mansión de la calle de Jacometrezo comienza á poblarse de jóvenes, que á veces á las tres de la mañana aun no la han desamparado. En el salón principal se agitan infatigables los bailarines; en el de juego, el aristocrático *ecarté* tiene apasionados infinitos; y unos y otros restauran sus fuerzas en el comedor con excelente chocolate, con esquisito té, y con sabrosos *emparedados*.—Los dueños de la casa y sus amables y lindísimas hijas hacen los honores con una gracia y con una galantería imponderables: de todos cuidan, de todos se ocupan, y para cada cual tienen una palabra amistosa, un saludo afectuoso, ó un cumplido. Pero inútil era decir esto á los que saben que la ilustre familia de Casa-Bayona es habanera, y que la Habana es el país del mundo donde mejor se practican los deberes de la hospitalidad, donde el trato es mas afable, mas cariñoso, mas franco.

Una larga, aunque por fortuna no grave indisposición de la señora condesa de Velle, ha interrumpido las no menos agradables fiestas con que obsequiaba á sus numerosos amigos todos los domingos.—En cambio, las que los propios días tienen los señores de Mora, ofrecen nuevos atractivos y nuevos encantos. Allí se escucha siempre buena música, superiormente interpretada; y los que toman parte en aquellos improvisados conciertos, llámanse *mademoiselle Roaldés*, *Gironella*, *Konski*, *Fanny* y *Enriqueta de Mora*.—Cuando llega á Madrid un artista eminente, un instrumentista ó un cantante, allí se deja oír por primera vez; allí dá la medida de su saber ó de su talento; allí, en medio de una sociedad inteligente, recibe los primeros aplausos con que la capital de las Españas recompensa su mérito.—En suma, la casa de los señores de Mora es el centro del arte musical y de los grandes artistas; y esto explica por qué las horas pasan en ella rápidas como minutos.

Quizás no tarde mucho en tomar puesto en tan privilegiado recinto una cantatriz distinguida, á quien Francia nos devuelve, para que las tibias brisas de nuestro país curen los estragos que en su pura y argentina voz han hecho de consuno un clima rigoroso y un trabajo excesivo. Aludimos á la esposa de nuestro compatriota Ugalde, la cual ha ilustrado este nombre en el teatro de la Ópera Cómica de París, logrando una inmensa celebridad en poquísimo tiempo; cosa

tanto mas difícil cuanto que ocupaba el lugar de la Cinti Damoreau, la Rossi Caccia, la Ana Tillon, y mademoiselle Lavoye. Los mayores triunfos de la señora Ugalde han sido en *Lecaid*, *La Fidé aux roses*, *Le Toreador*, *Haidée* etc.; y hubiera alcanzado sin duda otro no menos brillante en la nueva ópera *Le songe d'une nuit de été*, estrenada últimamente, á no haber aparecido durante sus ensayos la dolencia que la aflige, la cual es una extinción pasajera de voz producida por el cansancio, y que según el dictamen de los médicos, desaparecerá con un reposo absoluto.

La señora Ugalde vuelve á su patria adoptiva, porque ella ha nacido en Francia, con la frente ceñida de laureles, y el bolsillo repleto de francos y de lises.—En Madrid hemos podido juzgar anteriormente del mérito de la jóven artista, pues en 1847 cantó en uno de los conciertos de palacio, y después se hizo oír tambien dos noches en el teatro del Instituto. Las facultades de la distinguida cantatriz no son gran cosa; pero posee un arte esquisito para sacar los sonidos, para modular la voz, y una facilidad verdaderamente prodigiosa para lo que llaman *vocalises* los franceses, y *floriture* los italianos.—La señora Ugalde tiene muchos puntos de semejanza con la célebre Persiani, porque suple con su método y su inteligencia lo que á su órgano le falta de estension y de fuerza: así es mucho mas á propósito para ejecutar la música de Adam, de Clapison, de Ambrosio Thomas, y la de la *Opera Comica*, en fin, que la de Auber, Halevy, y otros maestros que escriben para la antigua Academia Real.

La enfermedad de la señora Ugalde ha causado mucho sentimiento en París, donde era realmente la cantatriz á la moda; ella ha hecho la fortuna del teatro que la poseía; ella ha conseguido brillantes ovaciones tantas veces cuantas ha cantado; á ella destinaban los principales papeles los compositores acreditados como los bisonos; y en fin para todos los conciertos públicos y particulares se la pretendía y se la deseaba.—No hace mucho que la Ugalde debía cantar en una misma noche en dos diversas partes; en el palacio del Eliseo, y en el Conservatorio; mas á la hora de principiar recibió un billete de su marido, que los periódicos creyeron digno de publicarse por su concisión y originalidad. La escuela de nuestro compatriota decía lo mismo en sus dos diversas ediciones:

«Muy señor mio: mi muger acaba de desmayarse: yo pierdo la cabeza, y voy á buscar un médico.—UGALDE.»

Tal fué el primer síntoma de la cruel enfermedad de la eminente artista, á quien deseamos recobre en España su dulcísima voz, para que no se le cierre el inmenso porvenir que le preparan su juventud y su talento.—Ahora se encuentra ya en San Sebastian, al lado de la familia de su esposo que allí reside; luego vendrá á la córte.

El mal tiempo ha frustrado varias de las fiestas que debían prestar animación y movimiento á la semana. El domingo hubo de suspenderse por semejante motivo la subida de M. Grellon, realizada anteayer; el lunes la corrida de toros; después las carreras de caballos, señaladas primitivamente para el viernes y sábado; pero si Dios quiere, estas se verificarán el 16 y el 17; y aquella tuvo efecto el jueves, mas sin la cooperación de Joselito el Chiclanero.—A propósito, cuenta la crónica que mientras la curación de la reciente herida de este, ha ido todos los dias, sin faltar uno solo, á informarse del estado del jóven y gallardo lidiador, cierto lacayo con lujosa y aristocrática librea, el cual en cambio de las noticias que recibía dejaba un magnífico ramillete de claveles y pensamientos.—Unos aseguran que Redondo conoce mucho á la persona que le manifestaba tan vivo interés; otros afirman que para él como para todos es un verdadero misterio.

Los tráfugas del verano comienzan á hacer los preparativos para sus acostumbradas expediciones; hay gran número de billetes tomados en las diligencias de la carretera de Francia, y pronto no quedará uno siquiera de todo el mes de junio, época generalmente elegida para abandonar la capit.l.—Este año se advierte una inmensa variedad en el término de tales viages; muchas personas se dirigen á París, sin miedo á lo que significa y á lo que hace temer la elección de Eugenio Sue; otras van á las orillas del Rin, á Berlin, y á Viena; y por último dos jóvenes muy conocidos en la buena sociedad, los marqueses de V. A. y de T., se proponen hacer una visita al autócrata de todas las Rusias.—Segun se vé, los caminos de hierro ensanchan inmensamente el círculo que recorren nuestros *touristas*; antes les parecía mucho llegar hasta Carabanchel ó Pozuelo; y ahora no les parece nada ir hasta San Petersburgo y Moscov.

Los establecimientos de baños minerales santa—Agueda, Arechavaleta, Cestona, Sacedon, Trillo,—recibirán sin duda tambien gran número de huéspedes, aunque el primero cual siempre se llevará la palma.—A santa Agueda se va un poco por la salud, y otro poco por costumbre y por moda; aquel es punto de reunion de la gente elegante; allí es donde mas se baila, donde mas se embroma, y donde mas se divierten los *pobres enfermos*. Por otra parte, el dueño del establecimiento, el hábil señor Mendía, se esfuerza para que sus favorecedores encuentren en él todas las comodidades apetecibles. Últimamente ha hecho muchas reformas que prueban su inteligencia y su celo, construyendo en el piso bajo un magnífico salon de sociedad, con lo cual ganarán tanto los que gustan como los que no gustan de esta.—El jardín y los cuartos han recibido asimismo mejoras, de modo que la estancia en santa Agueda debe ser esta vez mas que nunca agradable.

Al contrario de lo que suele suceder generalmente, tocamos á los límites que se nos han impuesto para estas *Revistas*, y aun no hemos hablado una palabra de varias cosas que son de nuestra competencia y de nuestro dominio; todavia no hemos dicho que S. M. la reina con la generosidad que le es característica, y que tan bien sienta en los monarcas, ha regalado dos soberbios caballos, uno á las señoritas de Gor, hijas de su camarera, y otro á las señoritas de Casa-Valencia, hijas de su caballero mayor; todavia no hemos dicho que el miércoles por la noche se verificó el enlace de la señorita doña Josefa del Aguila y Ceballos, hermana de la jóven marquesa de Espeja, y el señor don José Narvaez, sobrino del señor duque de Valencia, y presunto heredero de este título.—La ceremonia tuvo efecto con gran pompa y aparato en casa de la ilustre madre de la novia, la Excm. señora doña Josefa Ceballos de Sola, siendo ella la madrina y el señor general Narvaez el padrino, y bendiciendo la union el venerable señor patriarca de las Indias.—La nueva vizcondesa de Aliatar es-

taba encantadora con su rico atavío nupcial; una linda falda de seda blanca con magníficos encages, dibujaba su esbelto talle; gruesos hilos de brillantes riaban en su cabeza y en su seno;—el jóven desposado vestía el elegante uniforme de maestrante de Granada.

La concurrencia que poblaba en los salones de la calle del Clavel, era tan numerosa como lucida; allí se veían muchas de las damas mas bellas y mas notables de Madrid; los parientes de ambas familias; casi todos los señores ministros, y todas las primeras autoridades de la capital.—A las doce comenzaron á retirarse los convidados, despues de haberse servido un refresco espléndido.

La única animación, el interés único que ofrecen en el día los teatros, consisten en la lucha pedestre entre la Guy y la Fuoco en el Circo; entre la Nena y la Vargas en el Instituto.—Anoche volvió á presentarse ya en la calle de las Urosas la última de las dos síldides andaluzas, y fué recibida con entusiastas aplausos.—Sin embargo, para nosotros el triunfo de la primera es indudable, porque no existe comparación posible entre la rosa inodora de Bengala, y la rosa perfumada de Jericó; entre el oro purísimo y el falso oropel; entre el diamante del Brasil y la piedra de Francia.... Como muger hermosa, la Vargas puede sostener la competencia con la Nena; como bailarina no podrá sostenerla nunca.

En fin, tambien hoy se verifica en el Circo la gran prueba de la Guy y de la Fuoco; y á estas horas ya no queda una sola flor en todos los jardines de Madrid. Por supuesto que los infinitos apasionados de ambas no faltarán en su respectivo puesto, y nosotros deseamos sinceramente que haya para las dos ramilletes, aplausos y ovaciones, porque aunque en distinta escuela, las dos tienen igual mérito.—RAMON DE NAVARRETE.

UN EPISODIO DE NUESTRA ULTIMA GUERRA CIVIL.

... ¡Adios esperanzas!...

En 1837 ardia el fuego de la guerra civil con mas fuerza que nunca.

Empleábanse por los dos únicos partidos que á la sazón militaban, todos los medios imaginables para conseguir el fin que cada cual se proponía, siendo por consiguiente la guerra un tejido de sorpresas, y estratagemas de que ninguno se avergonzaba, y que eran por el contrario moneda corriente.

Una noche del mes de diciembre, en que el intenso frío penetraba hasta la médula de los huesos; en que las fuentes y riachuelos se helaban, y la nieve se desprendía á grandes copos, un pobre soldado de la Reina, con su capote al hombro y su fusil en los brazos, hacia la centinela de observación en lo mas alto de una montaña.

Formábase en esta una pequeña plataforma rodeada de grandes peñascos que impedían rodar hasta el fondo de un insondable despeñadero, y que, circundándola en casi toda su estension, hacían de aquel elevado sitio una especie de inaccesible fortaleza.

Hemos dicho que la noche estaba oscurísima, y así es la verdad, pues si bien el negro bulto del soldado se dibujaba vagamente entre las sombras, era debido á una gran lumbre, que á unos veinte pasos de distancia y bajo una tienda de campaña, tenia encendida el resto del destacamento.

Componíase este de solo seis soldados al mando de un sargento, los cuales habian sido puestos allí dos dias hacia, de orden del general C., con el objeto de observar las operaciones de una partida carlista que vagaba por aquel terreno algun tiempo hacia. Todos en aquel momento dormían profundamente tendidos alrededor del fuego, sin abandonar sus capotes ni menos sus fusiles, que á fuer de seguros é inseparables compañeros, dormían siempre entre sus brazos.

El pobre centinela, que velaba cuando todos dormían, que en medio de la silenciosa soledad que le rodeaba, ni aun podía distraerse observando el brillo de las estrellas, ocultas entonces por apiñados nubarrones, tenia fija su imaginación allá... en el pueblo que le víera nacer, en sus padres, en sus hermanos, en una tierna jóven, por fin, á quien habia dejado en el desconsuelo cuando tuvo que tomar las armas.

En medio de los peligros que casi á todas horas le rodean, los sueños del soldado siempre son risueños.

Risueña por lo tanto su imaginación, le pintaba mil futuros dias de felicidad, sin recordar que en medio de una guerra asoladora, la muerte está cerriendo sin descanso sus alas sobre las cabezas de los combatientes.

Velaba y pasébase, pues, soñando despierto con tantas quimeras; cuando el ruido de unos débiles pasos producidos al parecer en la maleza de que estaba lleno el camino que conducía al lugar que acabamos de describir, llegó á sus oídos, haciéndole olvidar repentinamente todo lo que poco antes le albagaba. Preparóse, y con arreglo á su consigna gritó:

—¿Quién vive?

—España; contestó una voz.

—¿Qué gente? repitió el soldado.

—Paisano.

Y al contestarle de esta manera apareció el que lo verificaba, vestido con un traje andrajoso, llevando en el hombro un zurrón, y en la mano un cayado en que se apoyaba.

—¿Qué se ofrece, paisano?

Dijo el soldado despues de algunos momentos de escrupulosa observación.

Por ahora, señor militar, solo desearia secar mis calados vestidos á la lumbre de aquella hoguera.

—Y... ¿cómo os halláis por aquí á estas horas?

—Muy sencillo, señor soldado; yo vivo de la caridad pública, y ando de lugar en lugar mendigando mi sustento: salí esta tarde de uno que dista como cuatro leguas de este sitio, y como la noche está tan oscura, me he perdido en el camino, logrando arribar hasta aquí, guiado por la claridad que arroja esa hoguera.

—¿Teneis frío?

—Mucho, señor soldado... y creo que tampoco os hallareis sobrante de calor.

—Estoy helado, buen hombre; pero ¿como ha de ser? nuestra ordenanza es muy estrecha, y me costaría la vida si abandonara el puesto.

—Cuando el gefe os viese, desde luego; pero si no distingo mal desde aquí, los camaradas duermen todos, y... un calentón...

—Vaya, vaya, paisano, bien se conoce que no entendeis

estas cosas: entrad en buen hora á calentarnos, y no trateis de seducirme, que... el frío es mucho, y ayudado por vuestros consejos podria olvidarme...

—Como queráis... no es mi objeto haceros faltar.

Y el pordiosero volvió la espalda dirigiéndose á la tienda de campaña; el soldado, que empezaba á mirar con menos desconfianza al desconocido, le llamó diciendo:

—Paisano, ¿habéis encontrado algun vicho ó vichos de mal agüero en el camino?

—A nadie... tengo la certeza de que por lo menos en tres leguas á la redonda no hay un solo ser viviente... que digamos.

—¿Estais seguro?

—Como de que es de noche.

—Pues acercaos á la tienda y ved si duermen los camaradas: si es así me llamais con la mano, y voy á calentarme un poco... porque, como hay Dios que no siento los pies ni las manos.

El mendigo verificó lo que se le mandaba: llegó, observó, y poco despues hacia la señal convenida. El soldado se plantó de tres saltos junto á la tienda, dejó por la parte de afuera el fusil, y atravesando silenciosamente en compañía del pobre por entre sus camaradas dormidos, fué á colocarse á la lumbre, cuyo vivificante calor recibía con placer, al paso que sus inquietos ojos se dirigían hacia el sargento, que roncaba á la sazón profundamente.

—Si despertase aquel bigotazo que veis allí, dijo al pobre, no me esperaba mala carrera de baquetas.

—¿Tiene mal genio?

—Como un cancerbero: sabe aplicar la vara mejor que un cabo de escuadra, y manda fusilar á un enemigo... sobre todo si es espía... lo mismo que si se sorbiese un jarro de moscate'.

El mendigo palideció, pero sin mostrar su inquietud replicó en voz baja:

—¿Conque es tan riguroso con los espías?

—¡Tremendo! los tiene un odio mortal.

—¿Y qué hariais, añadió el pobre, sin duda con objeto de variar la conversacion, si despertase señor soldado.

—No dar lugar á que me guipe: tan pronto como empiece á moverse, tomaré el tole hácia mi puesto, procurando que al abrir los ojos se encuentre solamente con vos, que ni sois soldado, ni teneis que obedecer á nadie.

—¿Y hará conmigo alguna barrabasada?

—No, perded cuidado; mi sargento tan solo es riguroso cuando se trata de la disciplina.

—¿Y servís hace mucho tiempo?

—Tres años, paisano.

—Pareceis de buena familia á juzgar por el modo con que os espresais.

—Si pardiez; mi padre gozó en tiempos mas felices de algun capital, y procuró darme una mediana educacion, pero vino á menos, y cuando caí soldado no tuve mas remedio que cargar con el chopo.

—¿Y hermanos teneis tambien?

—Uno solo, pero como si no existiera. Tuvo siempre muy mala cabeza, y un año antes de caer yo soldado, se marchó voluntariamente al ejército de D. Carlos.... Despues no hemos vuelto á saber de él.

—¿Conque, por lo visto, solo vuestros padres os interesan en el mundo?

—No ¡voto al demonio! me interesa ademas la patria y mi querida... mi Isabel... á quien dejé llorando cuando salí del pueblo.

—Muy entusiasmado os veo por la causa de la Reina.

—Si por vida mia: cuando escucho los gritos de ¡viva la Constitución! ¡viva Isabel II! me lleno de un extraordinario entusiasmo, porque el nombre de mi Reina me recuerda á mi querida, y por la Reina, por la patria y por su querida debe pelear todo español honrado.

El pordiosero miraba entre tanto inquietamente hácia la puerta de la tienda.

—¿Cómo os llamais, señor militar? dijo tratando de disimular su intranquilidad.

—Juan, para servir á Dios y á mis reinas.

—¡A vuestras reinas! pues ¿á cuantas servís?

—Yo, á dos; ¡voto al infierno! á mi reina, y á la soberana de mi corazón.

—Ola... creí que os habiais olvidado de la última.

—Jamás; mi Isabel está siempre retratada en el alma mia.

El pordiosero empezó á quedarse pensativo; bajó la cabeza gradualmente, y despues de apoyarla sobre la palma de la mano por espacio de algunos minutos, la levantó súbitamente exclamando:

—¿De dónde sois natural?... ¿en dónde nacisteis?

—Yo, en Talavera, paisano.

—¿En Talavera de la Reina?... donde se lanzó el primer grito de rebelion á favor del pretendiente...

—Así es la verdad; mas ¿qué os sucede, paisano?

—¿No me habeis dicho que teniais un hermano?...

—Sí.

—¿Cómo se llamaba?...

—Mi hermano el faccioso... se llamaba Joaquín.

Al escuchar este nombre, la faz del pordiosero palideció terriblemente; sus miembros se contrajeron, su lengua se negó á pronunciar una sola sílaba, y un temblor nervioso conmovió todo su cuerpo, hasta tanto, que arrojándose en brazos del soldado, que le contemplaba con el mayor espanto, pudo exclamar en medio de la mas negra desesperación.

—¡Maldicion! ¡maldicion! ¡yo te he perdido, hermano mio! Un estrecho abrazo confundió por algunos momentos á los dos hermanos.

En el mismo instante, y á causa de la vigorosa exclamación lanzada por el fingido mendigo, despertó de su pesado sueño el sargento, quien mirando con ojos medio cerrados aun la escena que estaba pasando, escuchó las siguientes palabras en medio de la mayor inacción y asombro.

—¿Por qué maldices, Joaquín, la hora en que nos encontramos?

—Porque mi encuentro te produce la muerte: porque yo te he conducido aquí dentro con objeto de que los míos se apoderen de este puesto, y... ya es tarde... ya no voy á poderle salvar.

—¿Conque me has engañado!... y los facciosos...

—Sí, los facciosos nos cercan.

El sargento dió un salto al escuchar estas palabras, y poniéndose de pié, empezó á gritar con descompasadas voces...

—¡Arriba, muchachos! ¡traicion! ¡traicion! ¡á las armas!

Hubo un momento de confusion: levantáronse todos des-



Frutos codiciados en Francia por algunos golosos. Unos han dejado perder los racimos en la parra, otros no ven que están completamente pasados, otros no se han atrevido á cojerlos cuando estaban maduros, otros esperan alcanzarlos asi que estén en sazón.....

pavoridos empuñando sus fusiles; Juan pudo recóbrar aun el suyo, y la corta fuerza se precipitó hácia la puerta; pero antes de traspasar su dintel, una ronca voz, á la que contestaron otras varias, pronunció el grito de

—¡Viva Carlos V.!

—Muchachos, exclamó el sargento con el mayor entusiasmo, ¡á vencer ó morir!... ¡viva Isabel II.!

Los siete soldados cual otros tantos leones se lanzaron fuera de la tienda, pero apenas lo habian verificado, cuando fueron saludados por una porcion de fusilazos, que casi á boca de jarro se les disparaban por los defensores de Don Carlos; que celebrando un triunfo que creian ya seguro, prorrumpieron en estrepitosos y selváticos gritos.

La refriega fué corta, pero sangrienta.

En medio de las tinieblas, y merced á la luz instantánea que prestaban los fogonazos, se podia observar el indomable arrojé de los soldados, que peleando con doble número de enemigos, no cedian un solo paso del terreno en que se colocáran.

Los facciosos, por último, se declararon en fuga, y al abandonar el campo, dejaron tendidos en tierra á dos de nuestros valientes; de los cuales, uno, al caer mortalmente herido, exclamó:

—¡Adios esperanzas!

Este era Juan, que acababa de espiar con su muerte la falta cometida, siendo su hermano la causa inocente de su desgracia.

El alba apenas asomaba, cuando el infeliz espía, de rodillas junto al animado cuerpo de su hermano, al que acompañaban otros cinco cadáveres mas, era fusilado de orden del inexorable sargento. Y al caer exánime sobre el suelo, tambien exclamó, porque tambien amaba á una muger, estas sentidas palabras, que poco antes se habian escuchado:

¡¡Adios, esperanzas!!

¡Dos hermanos á la vez!

EDUARDO DE LA LOMA.

ANNALES

DES CHEMINS, DE FER DES TRAVAUX PUBLICS ET DES MINES, PARAISSANT TOUS LES DIMANCHES.

Economía Política.—Industria.—Comercio.—Hacienda.

Cada número contiene las secciones siguientes: Boletín económico.—Boletín técnico.—Crónica de las acade-

mias.—Boletín de minas.—Boletín de inventores.—Boletín administrativo y judicial.—Revista de periódicos extranjeros.—Documentos oficiales.—Curso oficial de la Bolsa.—Ingenieros del estado.—Ingenieros civiles.—Servicio de los caminos de hierro.

Este interesantísimo periódico, el mas completo é importante de su clase, consta de un pliego igual á *La Ilustracion Española*; se suscribe á él en las oficinas de nuestro periódico á los precios siguientes: Tres meses 20 rs. seis 40 un año 80. En provincias quedan facultados nuestros correspondientes con solo este aviso para abrir suscripcion á los precios indicados.

GEROGLIFICO

LOS A B C D E F G H I J K

REDACTOR Y PROPIETARIO DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficina y establecimiento tipografico del SEMANARIO PICTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, calle de Jacometrezo, núm. 26.